

TAJO

SEMANARIO
MADRID, ALCALA, 128
TELÉFONO 58192

60cts

Año III

14 febrero 1942

Núm. 90

El aire, espacio vital de la Patria

Decía muy justamente el excelentísimo señor general Gonzalo que, así como existe una medida territorial, puramente geográfica, que limita y acota una nación, así debe entenderse otra nueva frontera ilimitada: el aire. Es preciso cubicar el espacio vital de nuestra España. Y para llegar a ello se necesitan buenas alas.

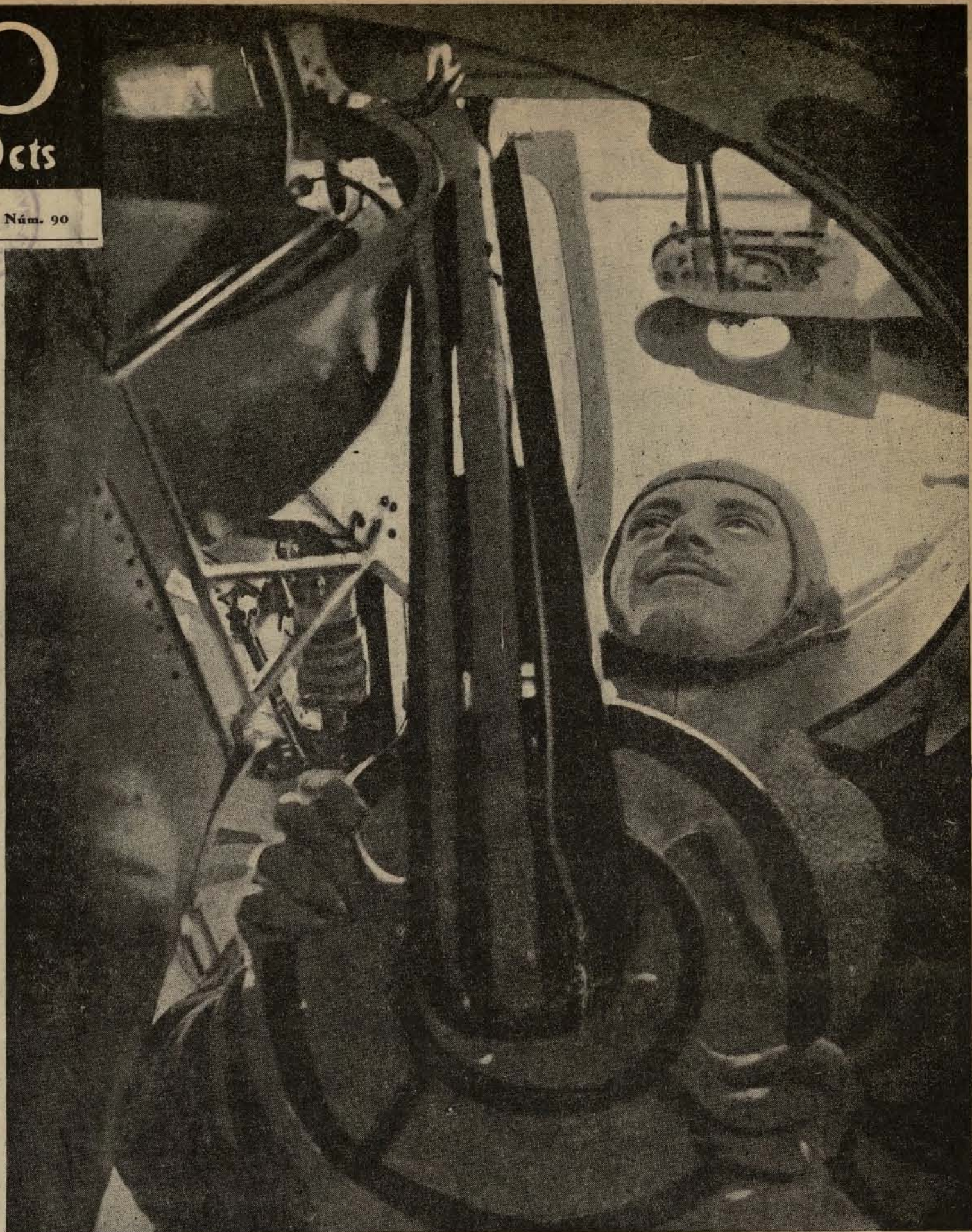
Si vivimos en un siglo de perpetua vigilia, no podemos echar en olvido las enseñanzas de los demás pueblos. Hoy el peligro—como antaño el diablo—viene por los aires. Sobre un desierto empedrado de nubes se puede acercar un enemigo implacable, deshumanizado en aparatos, pero con un nervio y una vena heroica imposible de desconocer. España necesita ser potencia aérea por su posición geográficamente extrema. A España le hacen falta aviadores que pongan un hito de respeto y una cima de heroísmo en un orden hasta ahora inédito. Fuera de nosotros progresa la técnica constantemente. Al español le está reservado lo genial. Nosotros inventamos la "cadena", y el transporte de tropas. Nosotros hicimos un milagro en nuestra Guerra de Liberación, acosando y reduciendo, con escasos elementos, una flota aérea enemiga de cierta consideración. Pero no podemos vivir eternamente pendientes de la inspiración momentánea. El improvisar es muy bueno, pero es mejor saber. Por ello, se ha iniciado una campaña que alentará en la juventud española un deseo de volar. Volar ha sido la aspiración de los espíritus más decididos y depurados. Y en este caso se demostraría una nueva faceta del amor a la Patria, que debe concretarse en el deseo de servirla eficazmente. Un avión es el puesto de peligro y de honor para nuestras juventudes.

Prueba de ello ha sido el entusiasmo con que los alféreces provisionales hacían aquellos inverosímiles cursillos. Al cabo de un cortísimo número de meses se enfrentaban con un enemigo alado, lleno de experiencia y de rencor. Pero tenían una de las condiciones precisas para ser buen piloto: valor.

España, cantera inagotable de hombres valerosos, señala a sus mejores un camino cierto para conseguir la inmortalidad de los héroes por la Patria. Icaro, Dédalo, Belerofonte y todos los entes que en Mitología consiguieron despegar de la triste tierra en que vivimos alcanzaron rango imperecedero. Hoy es preciso que ningún muchacho ignore el manejo del avión.

Nuestros héroes del aire han estado siempre más cerca que nosotros de los inmárcesibles luceros, meta y premio de todo español. Ya el Frente de Juventudes incita a los muchachos a recibir el viento de nuestras estepas, desde arriba. La Aviación española ha de ser un hecho. Y un hecho temible para cuantos miraran nuestro suelo y nuestro espacio con ojos enemigos.

Tiene que dar la vuelta completa el alma de los padres españoles. Esos padres que quieren un hijo abogado a toda costa. Aunque tenga alma de poeta. Estos padres pacatos que ven un riesgo sin compensaciones en que el hijo vuele, en que llegue mucho más alto que llegaron ellos, porque tenían un lastre antiviral de pacifismo hecho a todas las concesiones. A estos padres habría que decirles ahora que la guerra es popular, que el sepulcro del Cid está abierto de par en par y que por entre las losas de gloria perenne se escapa, hacia arriba, la esencia y transcendencia del anhelo español.



En diversos Centros oficiales y por técnicos en los complicados problemas de la Aviación se están desarrollando amplias conferencias y cursos de capacitación en esta Rama, en los que se expone ampliamente hasta los más mínimos detalles de la transformación aérea de acuerdo con las normas establecidas por el Ministerio del Aire, lo que ha despertado entre nuestra juventud un extraordinario entusiasmo por especializarse en los vuelos sin motor, elevación vertical de los aparatos, aterrizaje del mismo orden, así como la seguridad de mantenerse muchas horas en el aire y lograr recorrer distancias mayores de 300 kilómetros por hora, etc. El dominio del espacio, dada la magnífica disposición de ánimo de nuestras juventudes, tendrá realidad en un próximo futuro, para hacer de nuestra amada Patria Una, Grande y Libre.

SUMARIO

UNA NUEVA FASE EN LA CAMPAÑA DE LIBIA
LOS MODERNOS BOMBARDEROS LLEVAN CALEFACCION CENTRAL
COMO SE PREPARA UNA GUERRA

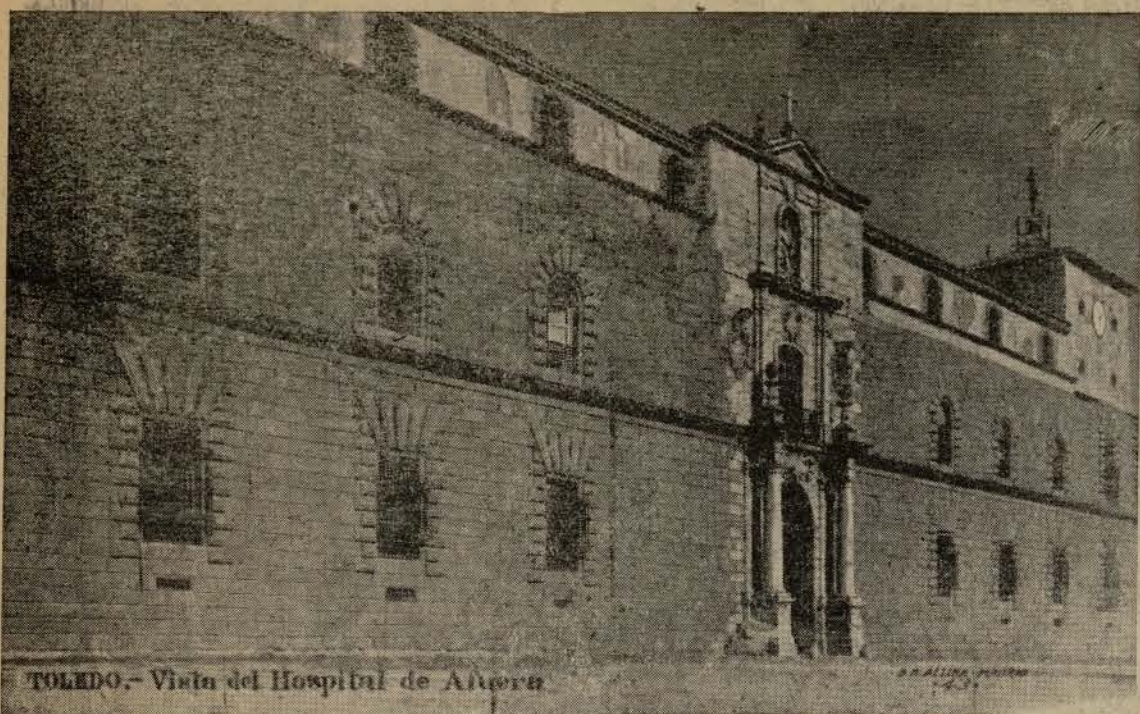
Invocación
a América,
al amor de
la Historia
—
A R T E

RESTOS DE PASADAS
G R A N D E Z A S
UN VIAJE AL LIMITE
DE LOS HIELOS POLARES
HOLANDA Y SU IMPERIO
Reportajes, Letras, Cine, Modas.

Martínez,
jefe de
contabilidad
(cuento)
—
HUMOR

El famoso hospital de Afuera toledano, será Colegio de huérfanas de Caídos

Por JULIO ESCOBAR



TOLEDO.—Vista del Hospital de Afuera

Fachada severa, de mucha sencillez y señorío, del hospital de Afuera.

TOLEDO DESDE LA VEGA

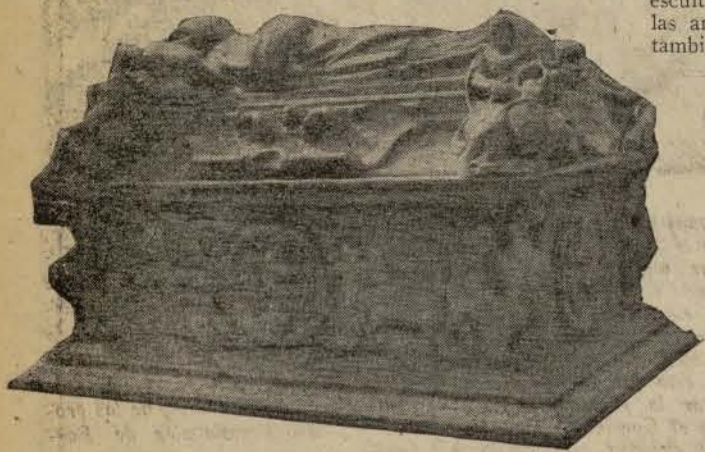
Captamos pronto la interesante noticia en uno de los medios más aristocráticos matritenses: la duquesa viuda de Lerma, propietaria del famoso hospital toledano de San Juan Bautista, también conocido por el nombre de hospital de Tavera y de Afuera, va a emplear alrededor de tres millones de pesetas en reparar los destrozos que la barbarie roja cometiera en el artístico monumento y en adaptar parte de la grandiosa edificación para Colegio de huérfanas de gloriosos Caídos por Dios y por España durante el Movimiento Nacional.

Al instante partimos hacia Toledo a fin de comprobar la veracidad de cuantos informes pudimos recoger. Y en una mañana fría y despejada atravesamos la Puerta de la Bisagra para dar en la Vega, entre las rutas que conducen a Madrid y a Avila.

No hay escritor español, desde el ilustre al indocumentado, que no nos haya dado una impresión, más o menos exacta, de Toledo visto desde la Vega. Se han agotado en estas descripciones cuantos tópicos pueden emplearse, metáforas y hasta parlamentos. Y desde la frase feliz hasta la cursilería en prosa, no hubo jamás ciudad que recibiera tanto flogio de literatura. Nosotros, que somos castellanos netos, de antecendencia y natividad, que sentimos a Castilla, por consiguiente, arraigada en lo más entrañable de nuestro espíritu, confesamos que sólo el gran Lope y el genial Cervantes llegaron en sus impresiones toledanas a servirnos con las mejores frases de su ingenio la auténtica descripción del Toledo asentado en sus siete colinas. Y dos extranjeros también, pintor el uno y escritor el otro: me refiero al Greco y a Mauricio Barrés. Este Toledo que se apiña en sus cerros, livido y desencajado, ceniciento y amarillo, posee los colores bajos y fríos de los Caballeros de Theotoculi, pero también esa mirada profunda, heroica y brillante por donde se asoman a la aventura, al amor y al heroísmo espíritus auténticamente españoles que glorificaron en sus producciones Lope de Vega y Miguel de Cervantes. Y los "ricos andrajos" de Barrés prenden de la altura toledana: retazos de capas de capitanes, de mantos de reinas, de ropillas de picares, de casacas de hidalgos, de banderas imperiales. Toledo es ceniza que guarda rescoldo eterno de grandeza y una continua e inmortal esperanza de Imperio en vuelos ambiciosos.

EN EL HOSPITAL DE AFUERA

El hospital de Afuera—magnífica edificación renacentista—, cierra al fondo el parque de la Vega. Fachada lineal y lisa, severa y elegante, de mucha sencillez y señorío. Fundó este hospital el magnífico cardenal Tavera, preclaro hijo de Madrid de las Alas Torres, en la llanada abulense, con sumo boato y esplendor. En la actualidad



Magnífico sepulcro del cardenal Tavera, antes de su profanación.



TOLEDO Hospital del Cardenal Tavera: patio

Los patios airoso y elegantes del Hospital.

pertenece al patrimonio de la casa de Lerma. Desde el cardenal al duque, pasó el hospital por muchas contingencias, pero ninguna mayor que la que sufriera en poder de las hordas comunistas, cuando el Alcázar toledano ardía en llamas de fe y heroísmo que el Mundo entero veía desde los más escondidos rincones, tensas las gentes de admiración y asombro.

Atravesando un portalón, penetramos en los dos patios, admirables rectángulos de porches, cuyos arcos pétreos muestran una sin igual elegancia, al igual que sus entonados y finos barandales. Por el patio de la izquierda vamos a la edificación, ya en obra casi terminada, que se destinará para Colegio de treinta huérfanas de Caídos, cuyos estudios y gastos de internado costeará la duquesa viuda de Lerma a la memoria de su esposo, el excelentísimo señor don Fernando María de Constantinopla Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, duque de Lerma, mártir por Dios y por la Patria, que asesinaron los rojos el día 10 de septiembre de 1936.

Las obras se llevan a cabo con todo detalle y minuciosidad, y conforme al estilo general del monumento, para que no se profane ni en aras de la modernidad el arte tan selecto y depurado, clásico y característico, del tan conocido hospital.

La duquesa desea destinar un gran salón a exposición de pinturas, labores y objetos artísticos, para lo cual ya está llevando a efecto la recuperación de los cuadros del Greco, esculturas, bordados y muebles que adornaron las amplias salas y las naves de la iglesia. Y también reparará, en lo posible, los destrozos causados por los bestiaros marxistas, que, sobre todo en la iglesia, dejaron marcado su nefasto paso con señales crueles de profanación, no tan fáciles de ocultar, ni aun a pesar de no escatimar lo más mínimo en su elevado coste.

LAS HERMANAS DE SAN VICENTE DE PAUL, MAESTRAS DE LAS HUÉRFANAS

Actualmente gobiernan en el hospital de Afuera un colegio gratuito de niñas y de párvulos hermanas de San Vicente de Paul, admirables monjitas de la Congregación del santo francés, capitán de la caridad y de la misión. Y estas religiosas se han de encargar tam-

bién de la enseñanza y el cuidado de las huérfanas de los Caídos que ingresen en el Colegio. En buenas manos quedan, porque las hermanas de San Vicente de Paul han fama, y no en vano, de diestras en la paciente labor cultural y de cuidadoras en la formación educativa de las educandas.

Las religiosas paules tienen extendidos sus centros de caridad y de enseñanza por todos los continentes, y en esta universalidad compiten con franciscanos y dominicos, que, como es sabido, son las vanguardias de la civilización cristiana en las tierras donde es más difícil y peligroso clavar la Cruz Redentora.

EL DESPOJO DE LA IGLESIA

Nos duele que manos españolas, torpes manos que se alzaban en pu-

fectas salidas del genio de Berruguete—el escultor máximo de Castilla—, que con la del príncipe don Juan, de Santo Tomás de Avila; la del condestable de Burgos y la del Tostado, en la catedral abulense, constituyen, a mi juicio, las cuatro muestras más acabadas y perfectas del Arte escultórico castellano.

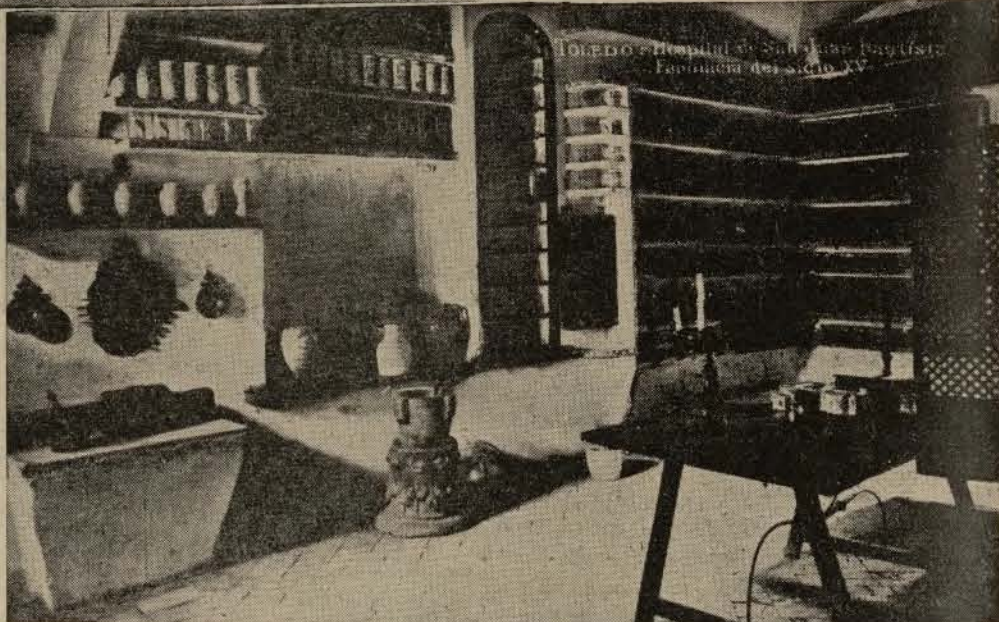
UNA BOTICA DEL SIGLO XV

El hospital de Afuera tiene una botica de la época de su fundación, una auténtica botica del siglo XV. Por fortuna, padeció poco en el saqueo. Casi se muestra intacta. Y es que acaso los rojos considerasen que no merecía la pena de cargar con aquellos frascos y redomas, morteros y cacharros, tarros y cajones, y excepto el instrumental, de plata, que fué robado, todo lo demás se muestra en sus anaqueladas de frisos talaveranos.

Admirable, singular y extraordinaria botica: ejemplar único, que de por sí merece un viaje a Toledo. Su descripción alargaría en exceso esta información, que, por otra parte, tiene distinto significado y objetivo. Pero baste decir que su "Ojo de boticario" no tiene competidor en el Mundo, y lo mismo su botiquín de urgencia, aparte, claro está, de los vidrios al soplo y de los morteros de cobre y de los tarros de Talavera...

EL HOSPITAL, BASTION DE LA RAZA

Dos millones de pesetas lleva invertidos la duquesa en las obras realizadas en el hospital de Afuera, y aún queda bastante por realizar. Más bien lo merece este monumento de la Historia de España, libro que abriera a la posteridad Tavera, el madrigaleño—paisano de Isabel la Católica, del Tostado y del cardenal Quiroga, nada más y nada menos—, y que prosiguieron, con la impresión de sus gloriosos e imborrables signos, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, el magnánimo cardenal duque de Lerma y tantos y tantos personajes



Maravillosa y singular botica del siglo XV.

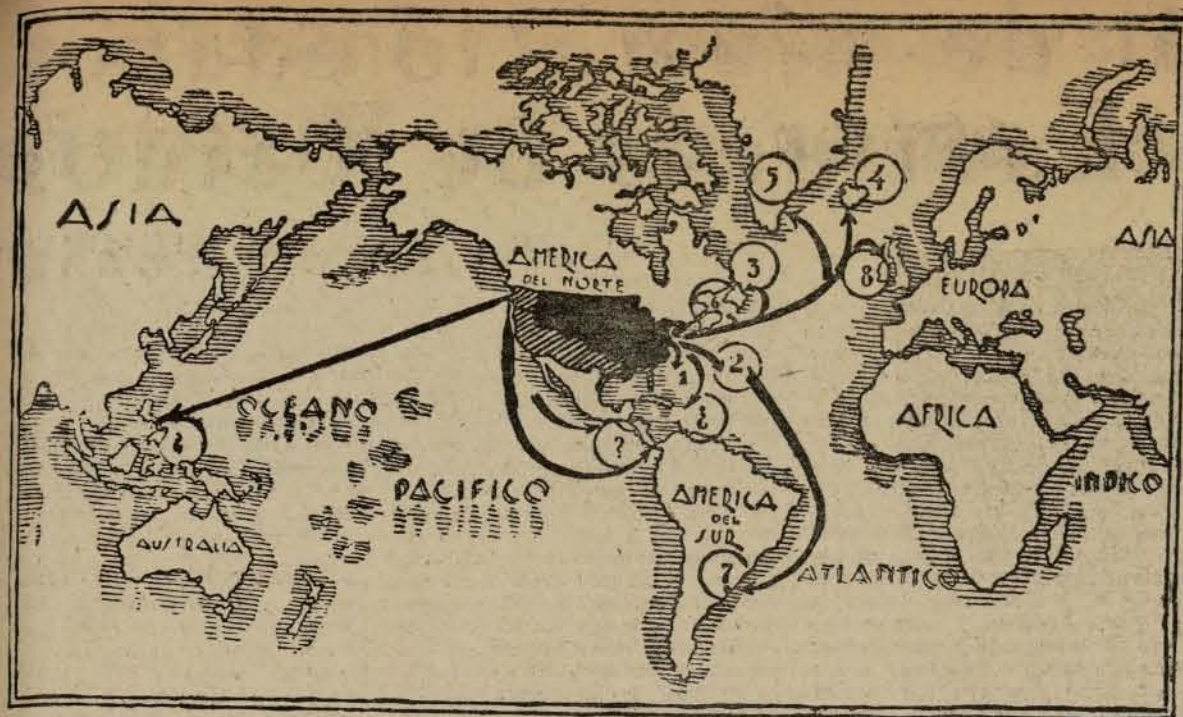
ños amenazantes—odioso saludo que a latigazos de domador de osos enseñara el ruso a la ignorancia proletaria—, hayan causado tanto y tan triste destrozo en este hermoso y sagrado templo. No existe ningún cuadro de los que pintara el Greco en sus últimos años para inmortalizar estas paredes; esos cuadros finales del maestro de la espiritualidad de nuestra Raza, que tenían genialidad, rayana en la locura, en los trazos y en el colorido. Algunas esculturas están decapitadas. Otras no existen. El maravilloso sepulcro del cardenal Tavera se halla horrorosamente mutilado. La ignorancia y la impiedad se cebó en las Cuatro Virtudes—Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza—que adornan los cuatro esquinas sepulcrales. No se olvidaron tampoco de maltratar los frisos. Y hasta la propia efigie yacente del cardenal sufrió la caricia de la garra bolchevique: la figura muerta de Tavera, una de las esculturas más per-

hispanos, hasta llegar a nuestros días, en que un puñado de héroes, en derredor de Moscardó, levantaron en este lugar sacro la bandera bicolor de España Una, Grande y Libre, para llevarla triunfadora por la puerta de la Bisagra, pendiente arriba, hasta el invencible Alcázar, bastión de la Raza.

SEÑORA DUQUESA...

Señora duquesa viuda de Lerma: Es bien sabido que la aristocracia española dió la flor y gala de su nobleza para la defensa de la nueva España del Caudillo. Murieron y se sacrificaron muchos de nuestros nobles, porque Dios y la Patria lo demandaban para salir triunfantes en la lucha a vida o muerte empeñada contra la roja barbarie. Uno de los Caídos fué el duque, vuestro esposo. Y en su memoria, vos donáis vuestro oro y vuestro palacio toledano a treinta hijas de otros tantos Caídos.

Que Dios os lo premie y la Patria no lo olvide.



DESEMBARCOS NORTEAMERICANOS EN DIEZ PUNTOS DE LA TIERRA

Roosevelt afirmó recientemente que las tropas norteamericanas han desembarcado, no solamente en Irlanda del Norte, sino en otros seis o diez puntos más, cuya situación no precisa.

Vamos a suplir la falta de información que envuelve las palabras del Presidente; recurriendo a nuestros archivos, recordamos, en efecto, seis, ocho, diez, y, si se nos apura, hasta veinte desembarcos yanquis. Circunscribiéndonos a los más importantes y recientes, ofrecemos a nuestros lectores el presente mapa dibujado para LA PRENSA por Oñativia.

- 1.—En Bahamas, convenido con Inglaterra, a cambio de cierto anticuado material.
- 2.—En las Bermudas, ídem íd.

- 3.—En Terranova. Concesión política.
 - 4.—En Islandia, ocupada primeramente por los ingleses a raíz de estallar la guerra, y cedida después a las fuerzas yanquis.
 - 5.—En Groenlandia.
 - 6.—En San Pedro y Miquelón.
 - 7.—En el Uruguay, en las bases cedidas por el Gobierno de Montevideo.
 - 8.—En Irlanda del Norte.
- Además podrían citarse Puerto Rico, ocupado militarmente desde 1915; Panamá, Nicaragua, México, Cuba y Filipinas, etc.
- Roosevelt, como se ve, se quedó corto al reducir a diez los puntos donde los norteamericanos han puesto su planta "manu militari"...

HOLANDA Y SU IMPERIO

En estos días salta a la vista de una manera ostentosa un Imperio colonial que, por la pequeña categoría de su metrópoli, era, por el vulgo, poco tenido en cuenta y aun ignorado; se hablaba de las colonias inglesas, de las francesas, de las portuguesas, por ser nuestros vecinos; de las italianas, por sus luchas recientes, y del Congo belga; pero eran pocos los que tenían una idea exacta de la inmensidad del Imperio colonial holandés.

Holanda, con sus 34.000 kilómetros cuadrados poblados por unos nueve millones de habitantes, ejerce dominio sobre unos 60 millones de habitantes repartidos en una superficie de más de dos millones de kilómetros cuadrados. Es, después de Inglaterra y Francia, la nación que posee más colonias. Y, triste es decirlo, casi todas las adquirió arrebatándoselas, con mejores o peores artes, a los españoles. Españoles fueron los primeros que tomaron posesión de las tierras americanas; españoles y portugueses fueron los primeros que colonizaron las islas del Pacífico. Pero mientras nosotros nos presentábamos con la cruz misionera precediendo a la espada y las Leyes de Indias, cortando las iniciativas abusivas de los mercaderes, había otras naciones que plantaban primero sus tiendas de traficantes, sin escrúpulos ni estrecheces de conciencia, que se convertían en bancas a las que iban a parar las propiedades españolas. Comercialmente se apoderaron de las tierras; luego, para defender estas posesiones y hacer valer los derechos de estos dueños, más o menos legítimos, se creaban o enviaban unas guarniciones que después de apertrechar el terreno propio eran fácilmente empleables en incursiones que terminaban por expulsar a las escasas guarniciones españolas y por tomar posesión en nombre de Holanda.

Cuando se produjo la escisión de los Países Bajos, Felipe II cerró al comercio holandés los puertos portugueses y españoles. Fue entonces cuando, buscando salida comercial, crearon la llamada Compañía de las Indias Orientales, que construyó barcos y los lanzó al mar, con la consigna de llegar a dichas Indias, como fuese y traer sus productos, aun a costa de los colonos españoles. Pronto encontraron apoyo en otras naciones intere-

sadas en nuestra ruina, y ello trajo como resultado la pérdida de varias islas. El buen éxito dio ánimo a los armadores y comerciantes, y pronto crearon la Compañía de las Indias Orientales. La lucha sorda fue terrible. España había perdido su tradición levantina; no éramos mercaderes, y comenzó el desgaste que terminó en total descomposición de aquel Imperio en el que el sol no encontraba reposo. De esta descomposición apareció en el siglo XVII una Holanda que dominaba las islas de Sumatra, Java, Célebes, las Molucas, parte de Borneo y de Nueva Guinea, la Guayana, la isla de Curaçao y otras menores, con un total de kilómetros cuadrados y habitantes que ya hemos mencionado. Del tamaño comparado de todas estas islas ya he hablado en un artículo anterior.

Pero es que, además, estos territorios representan riquezas inmensurables, totalmente desproporcionadas con la historia y destinos de su metrópoli.

Prescindiendo de las posesiones americanas, que son las menores y, por ahora, no nos interesan, nos encontramos que en estas islas del Pacífico se producen las nueve décimas partes de la producción total del caucho y la tercera parte del petróleo. Del resto de los productos se ha hablado en días anteriores. De todo ello se desprende que estos países no son esa clase de colonias a que estamos acostumbrados los españoles dirigiendo nuestras miradas hacia África, sino que son capaces de sostener por sí solos la economía de la nación que los posea, y que su pérdida trae consigo la ruina total de dicha economía.

Pero un Imperio así es necesario defenderlo; las miradas codiciosas acechan. Holanda, hasta ahora, baltando las melodías británicas, dormía tranquila, confiando en que la Escuela inglesa le defendería tan apetitosos territorios; pero el protector quedó de repente debilitado y casi inmovilizado, y los holandeses sólo cuentan para defenderse con un ejército colonial de unos 80.000 hombres, de los cuales 65.000 son indígenas. ¿Es esto suficiente para resistir la avalancha nipona? Indudablemente, no. Los indígenas, al ponerse en contacto con hermanos de raza, no sentirán de pronto ciertas simpatías para con ellos, reducida en flojedad

para servir a Holanda, cuando no sea la clara deserción?

Podrían esperar una ayuda por parte de Australia; pero así como estas islas holandesas están superpobladas, en Australia la densidad de población es muy pequeña, y todos los hombres son necesarios para defender la gran dimensión del país. Téngase en cuenta, como síntoma muy significativo, que del Norte de África fueron retiradas fuerzas australianas.

El ataque japonés fue certero. El Imperio holandés pasará, después de un plazo más o menos largo, a engrosar el japonés. Una vez anulada la base de Singapur, los nipones enfilarán sus flechas hacia la India, y ante este objetivo se encontrarán unidos la Gran Alemania y el Imperio del Sol Naciente.

Acaso un día el Océano Índico presenciara el abrazo de los dos Ejércitos, rubricando la desaparición del poderío inglés y prometiendo una vida mejor para el Mundo.

D. DIAZ-COLOMINAS

Pelikan
TINTA ESTILOGRAFICA
Y PARA USO GENERAL

Fin de un conflicto centenario entre Ecuador y Perú

Uno de los antiguos pleitos fronterizos de Suramérica—donde las corrientes fluviales han jugado siempre un papel de extraordinaria importancia en las relaciones internacionales de países vecinos—acaba de hallar una nueva solución en los finales de la Conferencia de Río de Janeiro: el Ecuador y el Perú proceden ya al trazado de nuevas fronteras, como consecuencia del acuerdo firmado.

En el texto del acuerdo se hace constar el expreso deseo de ambos países de conducir sus relaciones por cauces amistosos; se establece la retirada de tropas peruanas de sus posiciones avanzadas; se conceden a la navegación ecuatoriana por el Amazonas los mismos privilegios que los disfrutados por Colombia y el Brasil, y se fija la nueva línea fronteriza.

Arranca ésta, por el Oeste, de la zona de Tombes; sigue el río del mismo nombre, o Puyango, hasta

Alamor; avanza por el Chira hasta Macara; llega más tarde al Chinchipe; marcha por la divisoria de aguas de los ríos Santiago y Zamora hasta Yampi y coincide con la desembocadura del Bobonaza, en el Pastaza. Por la confluencia del Pintoyacu, en el Tigre, se dirige, por el Curaray, aguas abajo, hasta Bellavista; pasa a la desembocadura del Yasuni, en el Napo; sigue por el Aguarico hasta el Zancudo y desde sus orígenes marcha en línea recta hacia el Güepi y el Putumayo, hasta encontrar los límites del Ecuador con Colombia.

De este modo, el Ecuador conserva el triángulo del norte del Güepi, y el Perú avanza su línea en relación con los trazados anteriores y renuncia a su antigua aspiración máxima, que llevaba la frontera a una línea sensiblemente trazada de Sur a Norte, pocos grados al este del meridiano de Quito.

V. P.

EL VALOR ECONOMICO de las FILIPINAS

Aparte de su importancia estratégica, las Filipinas poseen un indiscutible valor económico.

El azúcar de caña ocupa el primer lugar en el valor de exportación, con más del 40 por 100 del total; la producción total es de cerca de un millón de toneladas.

La copra, de la que es el principal productor mundial, figura en segundo lugar en el valor de exportación. Dentro de la producción mundial de 857.000 toneladas en 1938, y de 1.870.000 en 1939, le correspondieron, respectivamente, 604.900 y 664.600 toneladas.

El denominado cáñamo de Manila constituye una valiosa especialidad de las Filipinas, habiéndoles correspondido una exportación de 165.300 toneladas en 1937 y de 141.300 en 1938. La nuez de coco, el aceite de coco, la harina de copra y el tabaco figuran como apreciables elementos de la exportación filipina.

La suspensión de las comunicaciones marítimas y comerciales con las Filipinas representará para los Estados Unidos un importante perjuicio

en lo que respecta al abastecimiento en materias oleaginosas, tanto más cuanto que las que provienen de las Indias Orientales Neerlandesas están también en peligro de caer en manos de los japoneses, aparte de las grandes dificultades de transporte existentes.

No puede dejar de comentarse este aspecto de los acontecimientos del Extremo Oriente, y sus consecuencias serán apreciadas para la conducción de la guerra. El dominio marítimo del Japón sobre una extensa zona del Pacífico y su acción militar en China, en Malasia, en Borneo y en las Filipinas, han dado ya como resultado la supresión de los abastecimientos de numerosas materias primas y sustancias alimenticias, cuyo principal centro productivo está situado en aquellas regiones. Además de la copra, figura en dicho número el estajo, el arroz, el azúcar, etc.

Incurrían en un error flagrante los que afirmaban que el Japón no podía sustentar una guerra larga por la escasez de materias primas y de sustancias alimenticias.

¿Qué extensión tiene el escenario de la guerra en el Pacífico?



En las gigantescas proporciones que ha adquirido la guerra en el Pacífico, suele tenerse una idea equivocada porque estamos acostumbrados a calcular estos espacios sobre grandes mapas en los que los distintos países resultan transportados en medidas reducidas. En esta fotografía intentamos comparar la parte insular del Pacífico con el Continente Europeo. Los espacios rayados representan a

Europa. Comparadas las distancias, vemos, por ejemplo, que las islas Filipinas ocupan una extensión que va sobre el mapa de Europa desde Suecia hasta las costas de Dalmacia, en el Adriático. Tokio está tan distante de Singapur como la costa más septentrional de Escandinavia de las provincias más meridionales de Portugal.



Garcilaso de la Vega, intrépido maestro de campo del Ejército español.

Garcilaso de la Vega (1503-1536)

Si en algún hombre coinciden plenamente la lira y la espada, ese hombre es Garcilaso. Su vida toda fué militante. Una juventud alocada, que le proporciona destierros a su Toledo natal y polvo-riente; después, mientras el hermano mayor, Pedro Lasso, se des- carría por el camino izquierdista de las Comunidades, Garcilaso toma armas por su señor el rey y sufre la primera herida por Es- paña, en Olías (1521). Un año después se enrola en la expedición or- ganizada por la Orden de San Juan contra la isla de Rodas. Lucha en la campaña de Navarra contra los franceses y se cruza caballero de Santiago en la católica Pamplona.

Fué el caballero más gallardo de los ejércitos imperiales, y a su garbo se unían un ingenio poco común, ungido por el Espíritu San- to de la poesía. Boscán fué su amigo, y le enseñó el metro italiano. Por la vía concisa del soneto encuadró los altos pensamientos que le cruzaban por la cabeza en las cansadas caminatas de una vida en campaña.

Con nuestro señor Carlos V fué a Italia cuando recibió, un poco a regañadientes, la corona imperial de manos del Papa. En 1530 asiste a la campaña de Florencia, y de allí le envían a la corte de Francia como embajador extraordinario. Cuando regresa a Madrid le es imposible vivir tranquilo, y apadrina una boda a disgusto del emperador. Carlos le destierra. Pero le manda a un lugar placido, a orillas del Danubio, donde la niebla nórdica pone tintes ternísimos a las lamentaciones pastoriles. A instancias del mejor capitán de las Españas, el duque de Alba, es perdonado. Pero tiene que elegir: con- vento o pelea. O se ciñe el cingulo de una Orden mendicante o no se descíñe la coraza. Opta por la milicia y se marcha a la Provenza, donde corren aires guerreros. Manda, como maestro de campo, 3.000 soldados. Es el año 1536, y los franceses gallean en la frontera. Las tropas imperiales tienen que retroceder. Están a cuatro millas de Fréjus, frente a la fortaleza de Muy. Un grupo de arcabuceros hos- tiga las vanguardias de la española gente. Las pesadas lombardas abren brecha en los muros del castillo. Por el campo se corre la voz de que el emperador está descontento, porque no se ataca firme y pronto. Garcilaso, el capitán y poeta, se pica; sale de su tienda, y sin ajustarse el férreo peto se lanza al ataque. La furia española que haría correr a todos los enemigos está en él personalizada. Lle- ga al pie de las almenas pensando en las heroicas estrofas del Arios- to, como tiempo después el señor Don Quijote cuando iba a deshacer entuertos por esos mundos de Dios. El enemigo lanza una piedra pesada que cae sobre el maestro. La fecha fué el 26 de septiembre. El 14 de octubre, asistido por el marqués de Lombay, después San Francisco de Borja, entrega su alma al cielo.

España debe pleito-homenaje a hombres del temple de Garcila- so. La cruz, la espada y la lira y un ilimitado amor a nuestra tie- rra, que les hacía regar con su sangre la arena de todos los con- tinentes.

"Cerca del Tajo, en soledad amena..."

Quién así escribía, tan placidamente, vivió y murió en olor de armas de guerra.

Eugenio SUAREZ

Invocación a América, al amor de la Historia

Por Enrique LLOVET

Nos duelen a los españoles esas no- ticias de allende el Atlántico que cuen- tan disputas entre pueblos herma- nos. Por allí—por las tierras de Gas- par Ruiz, el héroe romántico de Con- rad—dejamos los españoles, convoca- dos para una empresa, todo un sis- tema de sangre de soldados y frai- les que, si evangelizaron y dieron or- den a la flora y la fauna, "catedra- licia—ha dicho Eugenio Montes—, por lo que tuvo de cálida y de hú- milde; por lo que tuvo de saber y de martirio", lo hicieron en nombre de un sistema—cultural y contrarrefor- mista—que propende a bautizar con idéntico nombre a las cosas; a unir y atar en una misma fe, con un igual espíritu. Fe y espíritu de caballero cristiano. Símbolo, en boca de Mo- rente, de esa idea sutil e impalpable de la Hispanidad, que reparte la co-

tierras de California—es el más fa- buloso don de continuidad que la América tiene. Y de él quedan en pie, como alcázaros, las dos verdades pre- dicadas antaño. Porque no hubo—no hubimos más—en Indias. Ni oro, por- que los piratas asaltaron más galeo- nes de los que dieron puerto, ni es- clavos, porque mucho se cuidaron de ello los Reyes y Consejos. Tuvimos, eso sí, gloria y señorío a dos manos. Aquí alegría, cuando los hidalgos se sentían con aire mesurado a los in- formes de las victorias; allí, mujeres y caballos, que son, desde que anda el mundo, los dones maravillosos con que se premian los soldados. No hu- bimos más, pero lo dejamos todo. Y entre el todo, unas palabras claras, sonoras, viejas y nuevas, "porque siempre la lengua fué compañera del Imperio", y si los indios eran rápi-

gro para las tierras de América his- pana; la amenaza de que los palur- dos prosperasen más que los hidal- gos. Que este aire tiene, por su des- mesura, ese pretender confundir a los pueblos en combate fratricida. El li- tigio entre Perú y Ecuador ha crea- do nombres españoles, nombres lle- vados de las tierras andaluzas, cas- tellanas, manchegas y extremeñas, con precioso acompañamiento de mi- niaturas y latines. Tres provincias reclamaba Ecuador. Una de ellas lle- va este nombre—nombre de olivos soleados bajo dos cielos—: Jaén. El pleito suena a español. La raíz a presencia hispánica. Pero también para él—para remedio de la vega e imprecisa división administrativa—se movieron nuestros Consejos y andu- vieron nuestros virreyes en averigua- ciones y estudios. La Conferencia de



Vista general de Lima.

munió en un mismo sentir filosó- fico, teológico y político; el caballero cristiano, grande en virtudes y de- fectos, que no gusta de componen- das ni mediantismos y que, ardida su sangre, acostumbra a zanjar las cues- tiones con el nombre de Dios y la fuerza de su espada.

No nos extraña que los pueblos de sangre moza y no batida saquen a pe- lea sus arrestos y rencillas. Sangre nuestra es, al fin y a la postre, esa de peruanos y ecuatorinos. Sangre no desmentida; que no en balde, allá por los comienzos del siglo pasado, obis- pos y aristócratas promovían revo- luciones en Quito, al grito de ¡Viva el Rey!, porque los conquistadores eran antepasados que gloriaban más que los advenedizos. Entre los ma- tines del convento de San Esteban y las aulas recoletas de la Universidad salmantina, la España milite, dogma- tizante y conquistadora encontró la más honda y definitiva solución teo- lógica: la doctrina de la gracia. Con ella y un grupo de espadas llegamos —misioneros y señores—a Trento y a las Indias. Había reencontrado Santo Tomás una luminosa filosofía liberadora de Aristóteles y creadora del mejor grito de combate: Fe. Y estás dos verdades, la gracia y la fe, sin otro ringorrango que el clamor de las espadas servidoras, comenzaron, "con amor que mueve estrellas", co- mo Dante decía, a caminar sobre los mares en los labios de Fray Fran- cisco de Vitoria y Fray Domingo de Soto, y en los sueños cuajados de velas y profecías marineras de los hombres ingenuos de Palos.

A las tierras americanas llevamos gracia y fe—que eran cosas por so- bre la pesadumbre del tiempo y el espacio—para irlas sembrando por los caminos, entre sangre de sangres y soldados, y, a la par, ordenar la flora y bautizar el mundo en una misma fe, en una misma filosofía, con un igual espíritu que el que llevaban los mozos extremeños y los frailes sol- dados. Que espíritu—dígalo Domeni- co el Cretense—éramos sobre toda otra cosa.

El hispanismo católico—aquel que adoraba la Virgen de Tepeyac y fe- cundaba con apostólica sangre las

dos en aprenderlas, aquí estaba Ne- brija para articular gramáticas.

Se nos quedó una fuera, porque Juan de la Cosa no acertó con la voz "hemisferio". Y es hoy el tiem- po—cuando volvemos otra vez, con tanto amor, a mirar aquellas tie- rras—, en que la palabra suena con seco y extraño compás de lengua dis- tinta. Nosotros no sabemos nada de eso. No queremos saberlo. Hispani- dad, decimos entre los de casa, quan- do queremos una palabra para can- tarnos y entendernos. Nos cuesta mucho a los españoles pronunciar otro idioma, quizá porque nos acor- damos—sin darle tampoco cósmica importancia—de que hubo días en que nuestro Luis Vives era maestro de reyes de Inglaterra, y Luis de Mo- lina, también de nuestra lengua, di- visor de los teólogos europeos.

Para ese, y en ese idioma encen- dido, en el claro idioma de Castilla y a quienes quieran entender, deci- mos: Gracia y Fe. Todo un progra- ma sencillo, sin álgebras económicas, ni complicadas sutilezas políticas, sin geografía aislada y defensiva. Un programa en el que sólo hay un hon- do, profundísimo, amor por los pue- blos de nuestra sangre. ¡Que grite quien quiera! A nosotros nos que- darán siempre la espada, la canción y la flor. La inefable armonía. Que esto sí que es cosa donde nosotros, como el clásico y sus ruseñeros, po- nemos también mucha más voz que carne.

Con ese mismo amor, con la mis- ma ternura con que Juan de la Cosa pintaba ingenuos y vagos continen- tes, casi perdidos entre brújulas y es- trellas, queremos los españoles hoy superar amorosamente esa diferencia que separa países que tienen filolo- gía idéntica. No ha mucho tiempo que la ley ordenadora del Consejo de la Hispanidad definía con pala- bras de hondo saber y previsión: "El espíritu de la Hispanidad no es de una tierra sola ni el de una raza de- terminada, sino que radica en la iden- tidad entre su ser y su fin, en la co- ciencia plena de su unidad." Si; la Hispanidad es un don de continui- dad de lo histórico. Entre Norteamé- rica y Moscú, veía Maeztu el peli-

Río de Janeiro ha solucionado, con un aire interino que no puede satis- facernos, el conflicto fronterizo. Nos- otros lo entendemos bien, porque en la Viña del Señor cada hombre es de su vidueño. Y las nuevas tienen para nosotros singular interés. Es- paña sigue con pasión y amor las co- sas de las tierras en que dejó su san- gre, y siente como propios sus do- lores. Por eso es más angustiada nuestra invocación. Hace muchos años del viejo romance:

"Sólo digo esta canción
a los que conmigo van."

Y el cantar es del que ama. Lo dijo San Agustín.

**"Esta es la obra de
la Falange: que España
se encuentre a sí mis-
ma, que los valores des-
taquen cuando surjan,
que tengamos nuestra
propia personalidad,
que no tomemos la aje-
na, que no pongamos
freno al servicio de Dios
y al servicio de la Pa-
tria."**

(Palabras de Franco a las
juventudes falangistas de Bar-
celona.)



Magnifico panorama de Spitzbergen.

UN VIAJE AL LIMITE DE LOS HIELOS POLARES

Era verano. Una calma inmensa envolvía el puerto de Leight. A media milla del muelle destacaba la nivea silueta del navío "Milwaukee", entre velas y jarcias. Ya las primeras lanchas motoras del barco, repletas de viajeros, se alejaban del muelle, arrastrando en su blanda carrera un torbellino de espuma. Los demás, impacientes, esperábamos nuestros turnos.

Cuando todos los viajeros estuvimos a bordo sonó ronca la sirena, el barco se movió pesadamente y las cubiertas, que hormigueaban de gente, se estremecieron de ruido. Mientras surcábamos las aguas paseábamos nuestras miradas por las costas que huían, envueltas en cendales de bruma. Leigha parpadeaba débilmente con sus rubias pupilas. El océano tenía una formidable majestad. Una calma inmensa descendía del cielo, y aunque era de noche quedaba siempre una estela de luz crepuscular.

A los dos días de navegación arribamos a las islas Feroe. Islas pacíficas, melancólicas, con una melancolía que trascendía en los claros ojos de los pescadores y en los tonos apagados de pueblos y aldeas.

Habíase desvanecido definitivamente el trepidar bullicioso de Europa, y la vida languidecía tenuemente hacia el umbral de los hielos, mientras las pasiones, huérfanas de sol, se apagaban exánimes al ritmo de la luz.

Cuando nuevamente nos hicimos a la mar, vimos con sorpresa que del desierto inmenso del océano surgían, cual si fuesen restos de civilizaciones orientales, agudas cresterías de montañas con forma de pirámide. Unas, presentaban sus caras descarnadas como los calveros de los montes de Castilla. Otras, aparecían tapizadas de umbríos tonos violáceos. Cada ochenta, cada cien millas, surgía uno de estos conos gigantescos que diríase fuesen hitos que marcaran los confines de los mares. Algunos tenían en su base un amasijo de rocas calcinadas, grisáceas. Eran verdaderos esqueletos de montañas que exhibían sus osamentas trituradas; restos de un pasado esplendoroso que el mar consumió con el amor hirviente de su labio. Surgían a veces de las rocas densas bandadas de gaviotas que se alejaban formando rosarios armoniosos. Algunas seguían candelorosamente al barco al compás silencioso de su blanco abanico. Cuando ya se había establecido un vínculo viajero entre ellas y nosotros, cuando ya nos comprendíamos, se separaban, con pena quizá. Después, las veíamos perderse... Ya apenas se las distinguía. Un reflejo de sol, de ese sol rastreiro de Islandia, hería sus alas allá en el infinito y desaparecían como polvo de plata.

Viajar en popa es ir tendiendo una mirada vagarosa de nostalgia al pasado que dió vida a nuestro ser y ver cómo se nos hunde en el abismo de lo eterno para siempre.

Las costas de Islandia, taciturnas y rocosas aparecieron frente a nosotros. ¡Qué emoción contemplar esta isla que en mis pretéritos pasos por los mapas me parecía tan remota! Largas horas nos deleitamos siguiendo la carrera ondulante de las olas que desfarpaban sus crines de espuma contra los acantilados sombríos. A veces tendíamos la vista allá en el infinito, y en las lejanías veíamos el manto azul de unas montañas que vedaban el encanto misterioso de esta isla orlada de rocas.

Cuando llegamos a Reykjavik las

serenas aguas del puerto reflejaban en su fondo la inmaculada blancura de la ciudad, ornada de torres y parques.

Proseguimos el viaje hacia las islas Spitzbergen, cuya jornada había de durar cuatro días. El frío se dejaba ya sentir y el barco encendió la calefacción.

Navegábamos frente a las costas de Groenlandia cuando comenzaron a brotar del cielo purulentas gasas de tinieblas que iban empañando el horizonte de inquietudes. El mar se comenzó a rizar en espirales. Sus sordos rumores aumentaron de tono. Minutos más tarde hervía de espuma. Diríase un monstruo que habiendo perdido su control caminase ciego envuelto en el loco torbellino de la pasión hacia Dios sabe qué quimera. Un caos de montañas en largas filas venían hacia nosotros como falanges de un ejército, y pasada la cumbre inquietante se abría el pavoroso vacío del valle como el umbral de un abismo insaciable de muerte. Súbitamente, sin saberse por qué, cesó la tormenta como cesa el llanto de los niños, y el mar, agotado de cansancio, se durmió.

Unas horas más tarde atravesábamos la línea del Círculo polar, cuyo acontecimiento se celebró con una fiesta original. Los marineros, disfrazados con largas capas y esplendentes barbas de plata, formaron un tribunal. Con palabra solemne nombraban a las damas, dejándolas caer sin previo aviso un trozo de hielo sobre el escote que las hacía bailar las más absurdas danzas hasta que llegaban al camarote, donde se cambiaban de vestido. Con los caballeros se tenía menor consideración; el recién nombrado palidecía al ver los hercúleos brazos del bautizante, que le lanzaban sin previo aviso el contenido íntegro de un cubo de agua helada. ¡Esto sí que era aguarle a uno la fiesta! Pero nada turbaba nuestro buen humor, y la impresión que el gélido baño nos causaba quedaba compensado al ver el que les producía a los demás.

Pronto pasamos frente a la isla de Juan Mayen, cubierta en su totalidad de hielo y nieve.

Al cuarto día de navegación por el océano polar se oyó una voz que en varios idiomas anunciaba la llegada a Spitzbergen. Las cubiertas se poblaron de gentes de todas las razas; las barandas se cubrieron de gemelos y comenzó el paqueo fotográfico de "Leicas" y "Contax", cuyos mínimos disparos se percibían diluidos entre el alegre clamoreo de las voces.

Ante nuestros ojos se irguieron oscuras montañas jaspeadas de nieve, y, a los pies, la serena quietud de la bahía de la Magdalena, sobre cuyas aguas flotaban cual cisnes helados los icebergs.

Proseguimos el viaje; había que llegar al grado 82. Después de seis horas de peligrosa navegación entre icebergs llegamos a la barrera de los hielos. Una plataforma helada se perdía en el infinito... Ochocientos kilómetros nos separaban del centro mismo del Polo, y éstos eran los que el viajero quería atravesar; pero hubo que resignarse y dejar la quimera del hielo con sus sendas vírgenes iluminada por el mágico sol de medianoche.

Pusimos proa al sur. El monótono ruido de la nave tenía un extraño ritmo de nostalgia.

F. DIAZ-FALCON

Por mares y tierras del Norte Feroe, la isla solitaria

Por Federico DIAZ-FALCÓN

Al soplo impalpable de la brisa, un Mundo nuevo lleno de misterio se acaba de abrir. Todavía resuena en mi oído el trepidar afanoso de los puertos, el tráfico alocado de las grandes urbes, el murmullo voluptuoso de las playas, cuando súbitamente todos estos recuerdos se van desvaneciendo de la mente, como aéreas caravanas de niebla, al traspasar los umbrales de los mares que bañan las islas Feroe.

El espectáculo más extraño que se ofrece al viajero que navega por estos mares del Norte es el contemplar la apoteosis de sus crepúsculos, en que el sol parece agonizar, como si la noche le hubiese herido con el callado refinamiento de su sombra.

Atravesar en melancólica carrera mares azules que van desvaneciéndose para tornarse con la quimérica palidez de los planetas; rasgar sus aguas en las tardes silentes, cuando el ocano duerme sueños de fantasías; dejar estelas que semejan tener ansias inmortales; contemplar la irisada

Nunca olvidaré aquel amanecer. Había fondeado nuestro barco en aguas de Thorshavn, capital de las Feroe, y nos agitábamos en cubierta con el ansia incontinida de ver la ciudad. Todo inútil; era tan densa la niebla que apenas si podíamos distinguirla entre los propios viajeros. Debíamos resignarnos y esperar hasta que el sol o el viento disipasen nuestra ceguera, cuando una música cerada por la blancura de la niebla resonó en mi oído como el eco lejano de países desconocidos, y después un clamoreo de voces como lamentos apagados de gentes sin sol. A duras penas distinguimos sobre una canoa las borrosas figuras de unos hombres; era la embajada musical que la isla nos mandaba. Cuando las lanchas motoras estuvieron dispuestas saltamos a ellas, y siguiendo la estela musical entre la bruma arribamos al puerto.

Como una esquiva y silenciosa hurí envuelta en su charchaf, así se nos presenta Thorshavn, impenetra-

En el puerto, centenares de personas miran nuestro bar o con fría curiosidad; casi todos tienen aspecto de pescadores o marineros. El bullicio de la ciudad parece concentrado allí.

Cuando paseamos por las calles, una triste impresión trasciende de ellas; aun las más prestigiosas tienen un sello profundo de desolación; sólo la elegante albuza de algún chalet enciende su ironía como un falso estallido de risas de márfil. Las casas, en general, más bien parecen baratijas de bazar que auténticas construcciones; no obstante, casi todas son higiénicas y ofrecen un mínimo confort. Muchas tienen un diminuto jardín, angustiado siempre por tapias oscuras; un jardín donde todo crece raquítico languidece sin vida.

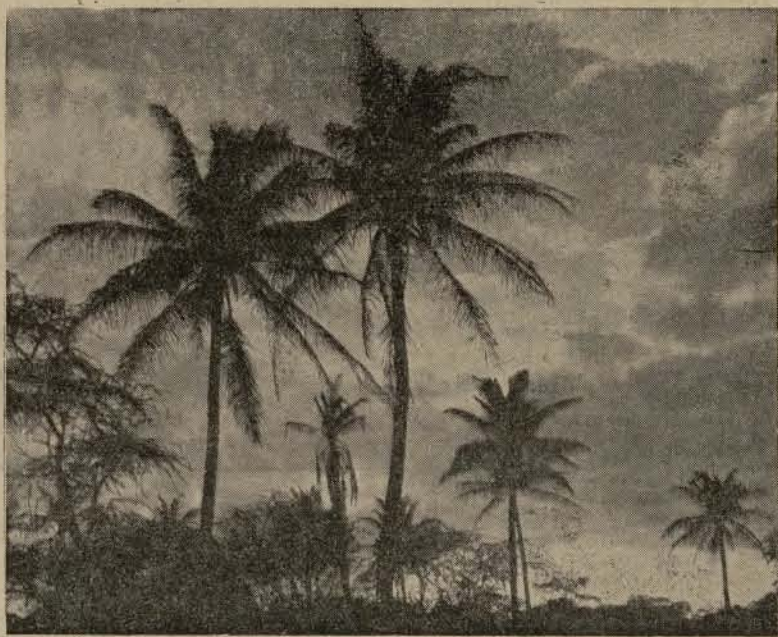
Alrededor de la ciudad se extiende un desierto adusto de lomas, un desierto tan místico, tan denso de melancolía, que diríase una tierra apartada del bullicio del Mundo. Todo es oscuro en esta isla; ni aun las piedras aciertan a tener albuza; únicamente unas delicadas florecillas, más modestas que violetas, encienden su blancura como copos perfumados.

Cuando regresamos al puerto, una multitud espera la salida de nuestro barco. Nuevamente vuelve a escuchar aquella música de pastores, aquella música huérfana de sol, nacida bajo cielos taciturnos, concentrados en penas; esos cielos que parecen suspirar por la voluptuosidad de los pueblos levantinos que recuestan su indolencia entre palmeras, bajo transparencias de porcelana azul.

Suena la sirena del barco; un estremecimiento nos sacude. Nos vamos alejando lentamente del puerto, entre el ritmo de la música, que se funde con las voces de despedida en un éxtasis extraño, mientras el agua, también emocionada, parece contener su ondulante palpitir azul. Luego hay un breve silencio en el oleaje de las voces, impregnado de meditación; es algo intuitivo y sublime, como el delicioso silencio con que ahogan las olas su emoción al despedirse de las pálidas playas, mimadas de luna.

Ponemos proa al Norte. Mientras vamos navegando deleitamos la vista en una cadena oscura de montañas, por cuyas fantásticas cresterías trepan con agilidad increíble rebaños de ganado. Y esta isla, maravillosa en su soledad, nos despierta con el eco lejano de sus esquilas, que condensando el pensamiento de la isla parecen decirnos, como Petrarca:

"He buscado la vida solitaria. El río lo sabe, y la campiña y el bosque. Por huir de esta gente estúpida y [miop] Que ha perdido el camino del cielo."



Un bello paisaje de la isla Feroe.

combinación de los colores en un ambiente de paz y de misterio, en que adivinamos a los astros susurrarse secretos; reposar la vista en el delicado encendido de la nube carmesí, donde parecen vivir los amores que debieron ser, y, después, percibir el alborozo de las olas con suavidad de caricias, para más al Norte verlas encabritarse y chascar densas de nostalgia contra los acantilados taciturnos de la isla Feroe, entre aleteo de gaviotas. Estas son, entre otras, las impresiones que hacen estremecer al viajero que navega por estos mares.

ble y seductora, envuelta en el misterio de su niebla. Inteligente ciudad que sólo se dejaba entrever como una amante para cautivarnos más. Súbitamente un vendaval vino a matar nuestra ilusión en flor, como el loco torbellino de la lujuria mata el encanto del amor.

Thorshavn, a distancia, tiene un siniestro aspecto de ciudad carbonizada, como si la furia de un incendio la hubiese momificado. Sin embargo, de cerca se nos ofrece como una ciudad enlutada en religioso retiro.



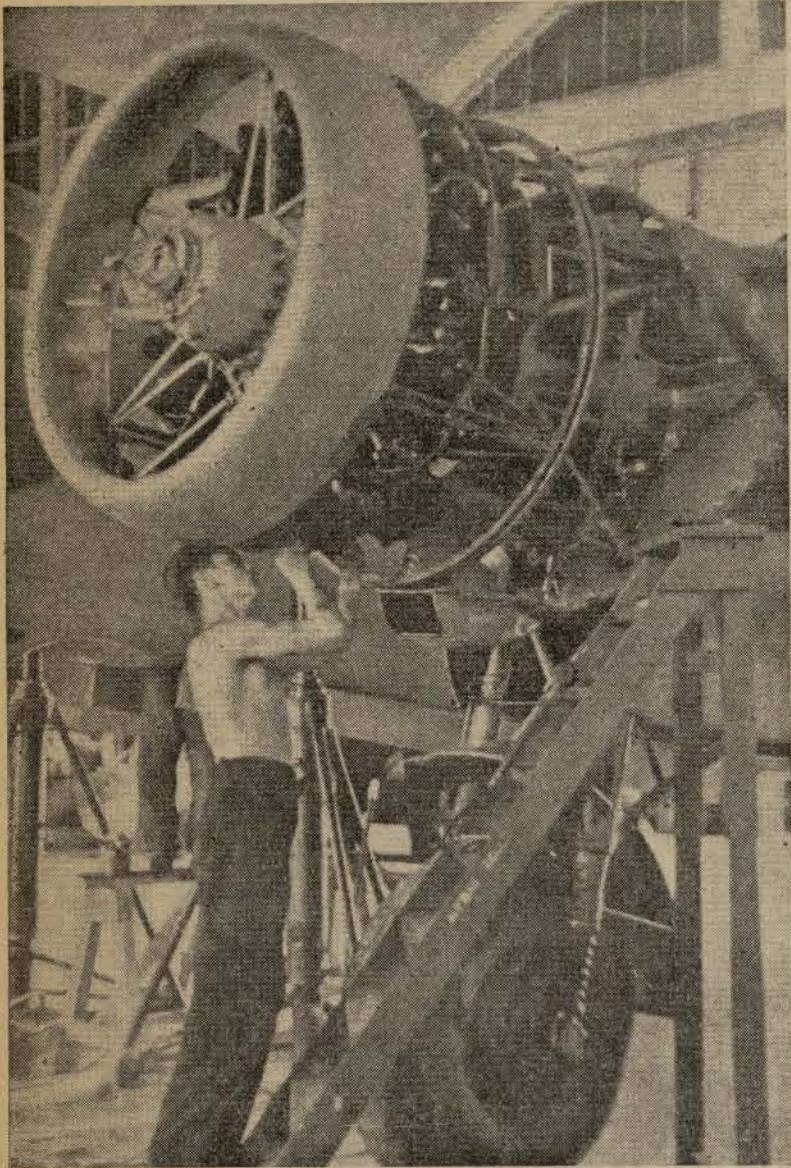
Thorshavn desde lejos tiene un siniestro aspecto de ciudad carbonizada.

TAJO

5

Los modernos bombarderos llevan calefacción central

Han de volar a más de 8.000 metros de altura, donde el frío es rigurosísimo



En los talleres, el obrero pone toda su inteligencia al servicio de la Aviación.

El hombre, cuando más perfecciona los aparatos, más pierde de humanidad. Si no, mirad el equipaje de cualquier aviador de gran bombardero. Sus ojos no le sirven: ha de protegerlos con gruesas gafas; los oídos le son completamente inútiles; tiene que utilizar auriculares, y hasta la garganta es un mero adorno de la Naturaleza de no utilizar el laringófono. Sus pulmones no pueden funcionar por sí mismos sin un inhalador de oxígeno que los llene y vacíe artificialmente. Y así resultan monstruosos con tan extraordinario atuendo.

En cambio las máquinas se van perfeccionando diariamente hasta extremos inconcebibles. Cuando elevarse fué una necesidad para los aviones pesados, que no podían competir en velocidad con los cazas, surgió el problema tremendo de la temperatura. El frío tan espantoso que reina en la estratosfera o sus inmediaciones paralizaba los motores, y el que es más importante: el hombre. Si un motor se paraba, por cualquier causa, bien frecuente, podía dársele por inútil. Inmediatamente se helaba el aceite, y los cilindros se agarraban por completo. De ahí surgió la necesidad de proveer a los motores de unos aparatos de calefacción que les asegurasen una temperatura constante y libre del riesgo que hemos dicho.

En cuanto al hombre, se creyó resuelto el problema por medio de los trajes eléctricos. Dentro de su vestimenta se disfrutaba de un calorito envidiable, pero todo ello era incompleto y dependiente de cincuenta mil deficiencias. Entonces la Aviación alemana ideó la calefacción central, que aislara al aparato del medio exterior. Con ello se perseguía liberar al piloto de un aparato que podía ser peligroso, y se le facilitaba mayor comodidad. Una pequeña dinamo asegura un clima primaveral dentro del avión.

EL FRÍO ENEMIGO DE LOS APARATOS DE RADIO

Una de las dificultades que promovieron la celeridad con que se ha

inventado la calefacción aérea ha sido el peligro tremendo que corren los aparatos de radio con el frío. Son extraordinariamente sensibles, y puede ocurrir que se inutilicen totalmente. Para un avión de bombardeo esto es fatal, pues recibe las órdenes por radiotelegrafía.

La Luftwaffe dispone de todos estos adelantos desde el año 1940 solamente, pero tiende a que todas sus fuerzas aéreas los posean. Cada aparato de precisión debe cuidarse amo-

rosamente, porque su inutilización puede costar la vida a todos los tripulantes. Y como en un aeroplano no se llevan jamás chismes superfluos, por eso ha tenido la técnica alemana que afinar extraordinariamente en los detalles, con objeto de obtener más eficacia de su Ejército alado.

LA AVIACION NO CO-NOCE DESCANSO

Las tropas de tierra saben que hay determinados días en el año en que no se combate. Desde tiempo inmemorial existen los cuarteles de invierno. En cambio, los aviadores han de despegar en todo tiempo y volar en las condiciones atmosféricas más duras. A veces el campo de partida está en magnífica situación climatológica. El cielo propio promete un raid agradable; pero a los pocos kilómetros aparecen galopando por el cielo las negras nubes de la tormenta. Es preciso atravesar espesas cortinas de lluvia. Ocurren en el aire fenómenos extraños. La condensación

de la atmósfera sometida a temperaturas bajísimas hace que se formen capas de nieve sobre las alas de los aparatos. Los cables tensores se hielan y adquieren la misma fragilidad que si fueran de cristal. Sobre las alas se amontona la nieve compacta, que hace que el aparato bascule peligrosamente. En la actualidad se tiende a combatir este peligro por diversos procedimientos.

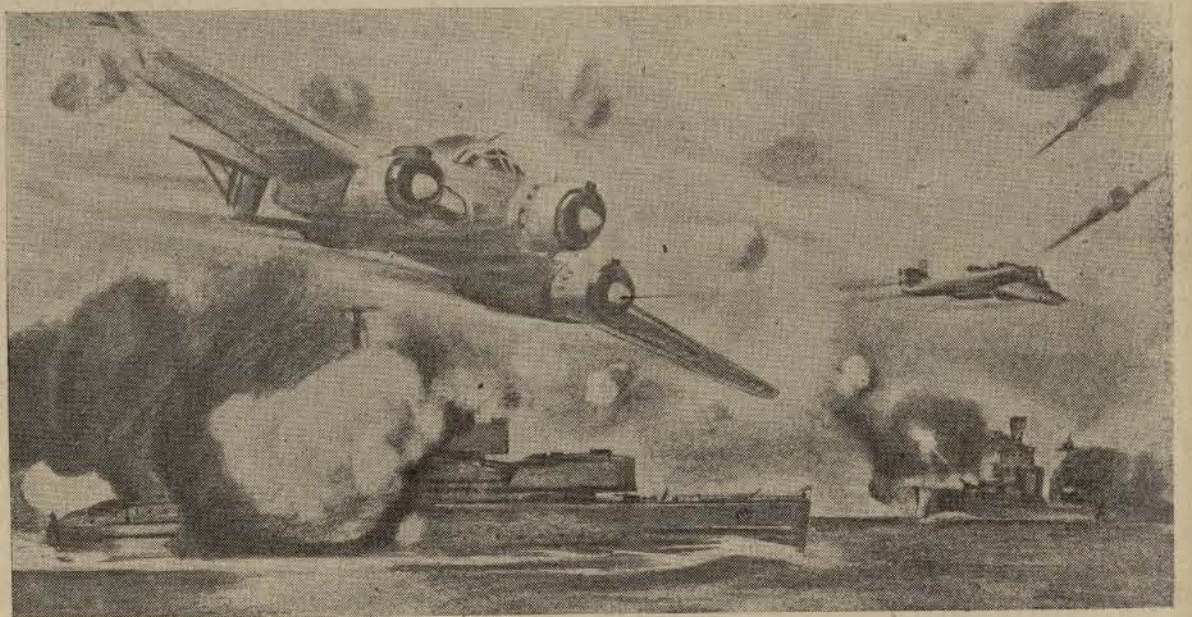
El riesgo mayor consiste en que el motor se hiele, como ocurría irremisiblemente, pese a los procedimientos ensayados. La técnica alemana —que es la que ha conseguido mayores adelantos— reemplazó el viejo e ineficaz sistema de los carburadores por la inyección directa en los cilindros, lo que asegura una eficiencia máxima.

Las armas automáticas están sujetas también a los rigores de las temperaturas extremas. Como han de ir necesariamente al exterior, un frío intenso, acompañado de hielo, puede hacer reventar los cañones de las ametralladoras, por puro que sea el

acero. A una altura de 10.000 metros —como ya se ha combatido— era imposible para el ametrallador asegurar si las armas iban a responder. Hoy está resuelto el problema, merced al empleo de aceites muy fluidos, muy difíciles de congelar, y por una protección especial que pertenece al secreto de los Estados Mayores.

Haga frío o calor, sobre la estepa nevada de Rusia o sobre las calientes arenas del desierto, la Aviación tiene que actuar siempre. Se ha convertido en la carta más importante que se juega sobre el tapete de Marte, y de su eficacia depende la suerte de las batallas.

¡Quién le iba a decir a Leonardo de Vinci que los hombres aprenderían a volar de manera más perfecta aún que las aves a las que él observaba hasta desojarse! La única ventaja que tienen estas mortíferas armas es que llegará el día feliz en que los inventos que crea el hombre para destrozarse servirán para la misma comodidad del hombre, en tiempos de paz.



La Aviación, esta terrible arma que hoy se emplea para destruir al adversario, una vez restablecida la paz, se aplicará en beneficio de la Humanidad.

COMO SE PREPARA UNA GUERRA

Hay pueblos que saben inclinar todos los elementos en favor suyo, como le ocurre al Japon.

En 1937, el ministro de Finanzas, Takahashi, denegaba al Ejército un crédito de 50 millones de yens, diciendo: "La caja está vacía"; por otra parte, apenas si estaban cubiertas en un 1,5 por 100 las necesidades de petróleo por los recursos del país. Las fuerzas aéreas eran inexistentes, habiendo muchos prototipos, pero pocos aparatos; mano de obra especializada, minúscula.

Pero durante cuatro años el Japon, viendo venir la guerra, ha desplegado esfuerzos sobrehumanos para comenzarla en condiciones de ganancia. La producción ha sido sometida a la reglamentación de un estatismo draconiano; las importaciones de lujo fueron prohibidas, reservándose las divisas disponibles para la adquisición de materias primas indispensables al armamento, de lo que resultó el control de capitales y productos, entrando en las cajas vacías los 20.000 primeros millones de yens, o sea, 80.000 millones de francos en aquella época.

Asimismo se instauró bruscamente lo que se ha denominado política del dedo sobre la boca, o sea, el más absoluto secreto referente a los arma-

mentos: ningún ministro de la Defensa Nacional publicó nunca el estado de las finanzas, ni ninguna sociedad de armamentos sus balances. Se suprimió en absoluto la fotografía; los obreros del armamento dependían de tribunales extraordinarios, y en las cajas de cerillas se dibujó la estampa gemela de un paisano y un militar, que llevaban cada uno una enorme mordaza. Una atmósfera misteriosa se cernía sobre las actividades bélicas japonesas.

¿Es cierto, como ha publicado el *New York Times* en el mes de mayo pasado, que el Japon ha construido y botado, dentro del mayor secreto, acorazados de 35.000 toneladas? ¿Es cierto, como creen los especialistas alemanes, que ha lanzado al agua acorazados de bolsillo de 10.000 toneladas, del tipo "Graf von Spee"? En cuanto al petróleo, desde el 1938 una ley ha obligado a los importadores a almacenar la mitad de sus compras. Estos importadores, que eran americanos, se doblegaron sin comprender nada, y tan pronto como ha estallado la guerra, el Mando japonés se ha apoderado de estos inmensos stocks que no han costado nada al Estado.

Paralelamente ha procedido la des-centralización de sus industrias de armamentos; el Estado Mayor, com-

prendiendo que los centros de Tokio y de Osaka, donde las fábricas se amontonaban en un espacio de 900 kilómetros cuadrados eran vulnerables, hizo que el Gobierno ordenara la construcción de formidables fábricas de aviación en el Manchukuo, conforme a métodos alemanes, ingleses e incluso franceses; no olvidemos que Paul Louis Weillat fue acusado de haber vendido planos a los japoneses; que también han creado ellos mismos prototipos, tales como el avión de caza "AT 27", bimotor, desarrollando la producción de hidroaviones del tipo inglés "Swordfish" y de aviones bombarderos del tipo "Heinkel". Estos aparatos son los que han asombrado al Mundo por sus ataques contra los acorazados británicos "Príncipe de Gales" y "Repulse".

No cabe duda que los japoneses emplearán nuevas armas durante esta guerra. En este sentido rodea un gran misterio a los arsenales y astilleros de Kure—el Kiel japonés—, de donde salieron un buen día submarinos de bolsillo, con tres o cuatro hombres de tripulación muy rápidos, de construcción relativamente poco costosa y para los cuales ha reclutado el Almirantazgo más de 5.000 voluntarios.



Hiro-Hito, emperador del Japon.

Restos de pasadas grandezas

Un soberbio edificio londinense
convertido en comedor popular

El "gentleman" y el oficinista se codean en la "cola"

Los ingleses siempre han tenido a gala el tren de vida que llevaban. El nivel medio de existencia era muy elevado; por eso las restricciones que toda guerra trae consigo contribuyen a que sea más penosa la forzada abstinencia en que ahora se desarrollan.

Publicamos en estas páginas unas fotografías que pertenecen hoy a uno de esos centros que más importancia han adquirido en la vida londinense: los comedores.

Se erigen en los lugares más absurdos. No importa que el Blitz Hotel, del que nos ocupamos, tenga su sede en el local donde anteriormente hubo una secta no-conformista, de las muchas derivaciones que la religión protestante ha conocido. El vetusto edificio ostenta una arquitectura estupenda. En el interior, las espaciosas salas por cuyas encristaladas ventanas penetra la gris claridad británica, transcurre una sociedad atormentada por una idea fija: la de comer. Cuando la vida era fácil el hombre encontraba mil motivos de preocupación y orientaba sus actividades hacia derroteros más o menos útiles para sus semejantes. Hoy, lo único que le importa a ese hombre es comer, asegurarse una mísera continuidad.

El Blitz Hotel ofrece a sus huéspedes ocasionales una comida más o menos segura y más bien menos sabrosa. ¡Aquellos "roastbeef" de antaño son cada día más raros! La mantequilla está muy racionada y pasan las semanas sin que el buen inglés pueda condimentar a gusto sus guisos.

El refectorio está en la biblioteca. Entre la clásica literatura inglesa, donde se amontonan preciosas ediciones de Shelley, de Shakespeare, de lord Byron y de Milton, pasa una teoría de humeantes platos.

De vez en cuando la Luftwaffe hace una visita a Londres, y las bombas de pesado calibre llueven alrededor del comedor. Los comensales, impertérritos—para algo les tiene que servir toda una historia flemática—y llenos de fatalismo, no se mueven de la cola. Prefieren el riesgo de ser descuartizados por la metralla a quedarse sin la exigua ración.

La concurrencia más abigarrada se da cita en estos comedores. Allí podemos ver al "gentleman" atildado y cuidadoso de su indumentaria, con la escudilla en la mano, teniendo delante de sí un modesto operario tocado con mugrienta gorra de visera, y detrás una desvuelta muchacha, de conjunto que espera el turno retocándose los labios.

Las salas que antaño conocieran todos los despropósitos teológicos de la secta no-conformista, escuchan hoy conversaciones sobre temas extraordinariamente alejados de la anterior dialéctica.

Bien sabe Dios que nosotros no nos gozamos con las desdichas ajenas, y que algo muy alejado de la malévola complacencia nos mueve a publicar estas fotografías; pero un diablillo familiar nos incita a presentarlas como ejemplo de la humana mudanza.



Aspecto del comedor en plena efervescencia.

Era la sala capitular de la Congregación. Estas paredes conocieron el fuego de una oratoria inútil, incapaz de convencer a nadie que no lo estuviera previamente. Las ricas ventanas ojivales tienen desgarraduras en sus coloreados cristales. Los muebles, de riquísima madera, tienen huellas de todos los cigarrillos abandonados sobre ellos. El estrado de las conferencias sólo conoce ya el paso apresurado del hombre que despacha un par de platos de verduras a toda prisa para continuar la difícil lucha por la existencia en un país al que la guerra ha convertido en "nuevo pobre".

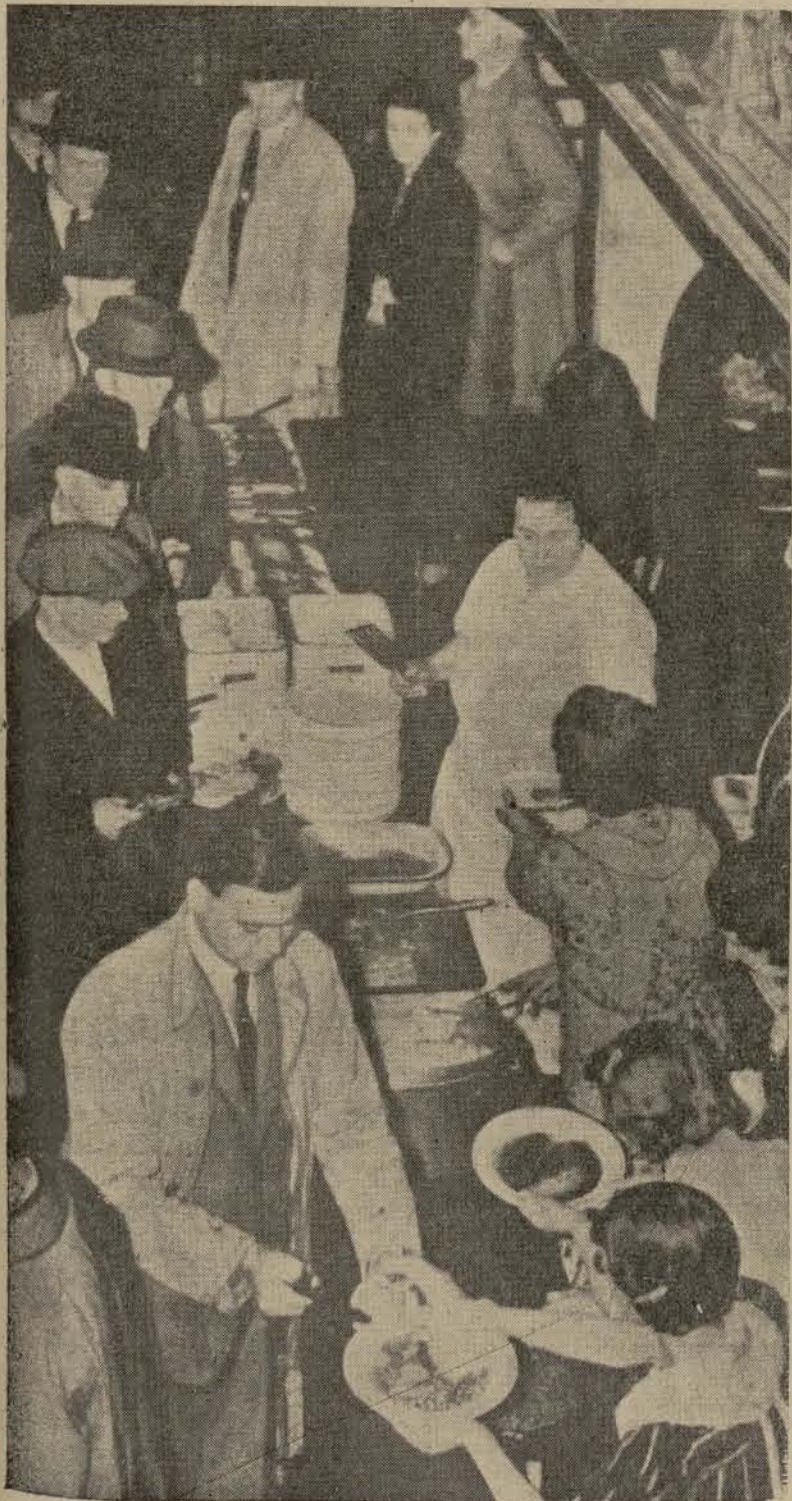


Al fondo, los bustos de varios protectores y fundadores de la secta. Mrs. Schmidt y Mrs. Brown hacen un recuento de cucharillas. No es que desconfíen de la honradez de los comensales—es proverbial la integridad inglesa—, sino que ejecutan una acción de amas de casa precavidas. Lo que parece que no es tan proverbial es la facultad asombrosa de algunos individuos de todas latitudes, condición a la que se le suele dar un cariñoso y caritativo nombre. En estos restaurantes públicos se provee del cubierto a los clientes. Ellos mismos lo transportan a la mesa. Los camareros no existen; porque el precio de la comida es muy escaso.



He aquí un encantador aspecto de los alrededores del Blitz Hotel. La Luftwaffe ha bombardeado desconsideradamente sus inmediaciones, salvándose por un milagro el gótico edificio, aunque no íntegramente. Con un poco de atención se pueden observar las ventanas cruzadas con tiras de papel para evitar su total destrucción. Después de haber llegado la fotografía a nuestras manos, no respondemos de que las bombas alemanas hayan seguido respetando el edificio.

En Londres, un hotel se improvisa lo mismo en un Museo que en una capilla protestante



¡Riguroso turno! Da lo mismo llevar un sombrero hongo que una proletaria gorra de visera. Ante la escasa comida, todos los londinenses son iguales. Tras el mostrador, la intendencia—y no es nombre propio—vigila.



Tras esta taquilla que antaño servía para despachar libros a los estudiosos sectarios no-conformistas, hoy los platos, más pesados de digerir aún que los gruesos volúmenes de los teólogos protestantes. Y en lugar de bibliotecarios, cocineras.



Un general del Eje

Teniente en 1917, comandante en 1938 y general poco antes de septiembre de 1939, Erwin Rommel es el teniente general más joven del Ejército del Reich y el poseedor de la más alta condecoración alemana, ganada por su audacia y mérito militar singulares sobre las calcinadas tierras de África

Corría el mes de mayo de 1940 en tierras de Francia y los carros blindados alemanes, en su apresurado caminar, se acercaban al Canal de la Mancha mandados por un general joven y audaz que, desde la torreta de su propia máquina de guerra con la cual parecía no formar sino un solo cuerpo, dirigía, sereno, las operaciones. Entonces aún estaba reciente la rotura de la que se había creído durante muchos meses inexpugnable línea Maginot, y el general Rommel, que éste era el nombre de aquel jefe, perseguía al enemigo en derrota, como explotación de su propio éxito, y conseguía así, con su esfuerzo y su genio militar, obtener la Gran Cruz de Hierro y que su nombre figurara desde entonces en lugar destacado entre los colaboradores directos del Führer.

Así, cuando Italia, que luchaba con las armas junto a Alemania desde junio del 40, decidió invadir Egipto, una vez firmado el Armisticio con Francia y ocupada, en sólo dos meses de campaña, toda la Somalia inglesa. Hitler pensó en Rommel y le hizo ponerse al frente de los soldados que en el mismo territorio del Reich se adiestraban ya para combatir en los arenales del desierto africano.

Los comienzos de esta primera campaña de Libia fueron al principio coronados por el éxito y las tropas italianas entraron victoriosas en Egipto, pero, detenido el avance durante tres meses, la llegada de diciembre señala el comienzo de una ofensiva victoriosa de las tropas imperiales británicas de Wawel, que no sólo recuperan en pocos meses lo perdido en Egipto, sino que consiguen arrojar a Italia de su Imperio de Abisinia.

En el mes de marzo del año 41 los británicos llaman ya a las puertas de Tripolitania, y ante la inminencia del peligro las tropas de Rommel, junto con considerables refuerzos italianos, consiguen cruzar el Mediterráneo de manera verdaderamente impresionante y poner pie en territorio africano.

A partir de este momento la figura del general alemán cuya semblanza intentamos hacer en estas líneas, adquiere cada vez mayor relieve, y en una campaña "relámpago" tan bien llevada como las ejecutadas en Europa, conquistó en sólo doce días

toda la Cirenaica y sigue avanzando con ímpetu arrasador.

Han pasado, pues, once meses de su actuación en Francia y ya Rommel acapara de nuevo la atención del Mundo, hasta que ha poco ésta se desvía hacia otros teatros de la guerra: los Balcanes, Creta y Siria.

Entre tanto, Rommel hace fracasar, el 15 de junio, una poderosa ofensiva enemiga y se establece sólidamente en las posiciones que, con su audacia y genio maniobrero, ha logrado conquistar.

La noticia de la invasión de Rusia, el 22 de junio de este mismo año de 1941, llega, pues, hasta el general en su tienda de campaña del desierto y desde ella se apresta a seguir el curso de las operaciones.

Son cinco meses los que transcurren hasta el 18 de noviembre y durante ellos el Imperio británico sólo ha ayudado a su nuevo aliado, Rusia, con bellas frases oratorias más que con hechos reales.

Por esto se impone una nueva ofensiva contra las tropas italoalemanas de África, y la Gran Bretaña se lanza de nuevo al asalto el expresado 18 de noviembre tras una intensa propaganda.

Ha llegado con ello el momento en que Rommel demuestre su genio táctico, pero esta vez ha de ser evitando las emboscadas que le tiende un enemigo superior en medios y en hombres. Y Rommel sólo ha ayudado a su nuevo aliado, Rusia, con bellas frases oratorias más que con hechos reales.

Por esto se impone una nueva ofensiva contra las tropas italoalemanas de África, y la Gran Bretaña se lanza de nuevo al asalto el expresado 18 de noviembre tras una intensa propaganda. Ha llegado con ello el momento en que Rommel demuestre su genio táctico, pero esta vez ha de ser evitando las emboscadas que le tiende un enemigo superior en medios y en hombres. Y Rommel sólo ha ayudado a su nuevo aliado, Rusia, con bellas frases oratorias más que con hechos reales.

Este elogio final no puede, pues, ser otro que este: Rommel, a su cincuenta años, ha logrado, con sus desconcertantes maniobras, hacer fracasar sobre las arenas del desierto libio a los más brillantes generales británicos, y ha conseguido hasta de sus propios enemigos el reconocimiento de su valor y de su inteligencia.

El frente de Libia nos ha deparado en estos últimos días una nueva sorpresa: después de haberse encogido hasta el golfo de la Sirte, vuelve a estirarse ahora, con ritmo ininterrumpido, hacia la frontera de Egipto.

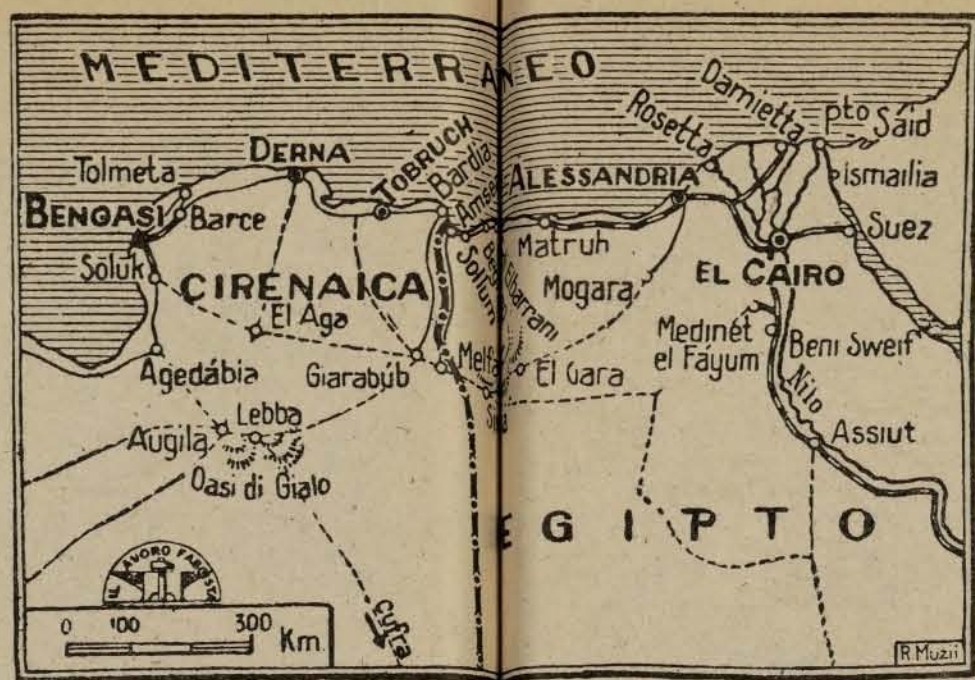
Son, en efecto, pocos los días transcurridos entre el 21 de enero del año último y el momento actual y ya las tropas del Eje en su nueva ofensiva, han reconquistado Bengasi, rebasando Derna y, lo que es más importante, ocupado importantes posiciones en el interior del desierto libio, que las permitirán, quizá, envolver a un enemigo que tal vez en esta ocasión haya de pasar la frontera egipcia sin haberse logrado encerrar ni en la bien fortificada plaza de Tobruk.

¿Se debe esto a que hayan variado las condiciones climáticas del desierto? Indudablemente, no. Lo que ocurre es que, por la mejor adaptación de los vehículos últimamente transportados al lugar de la lucha, las tropas italoalemanas, progresarán ahora más rápidamente que en su última ofensiva.

Y esto sin contar con que la Aviación del Eje tiene ahora la supremacía de los aires y que el enemigo, en su rápida huida, deja a menudo en manos de sus atacantes centenares de vehículos y grandes cantidades de esencia, cosa nada despreciable, como puede fácilmente comprenderse.

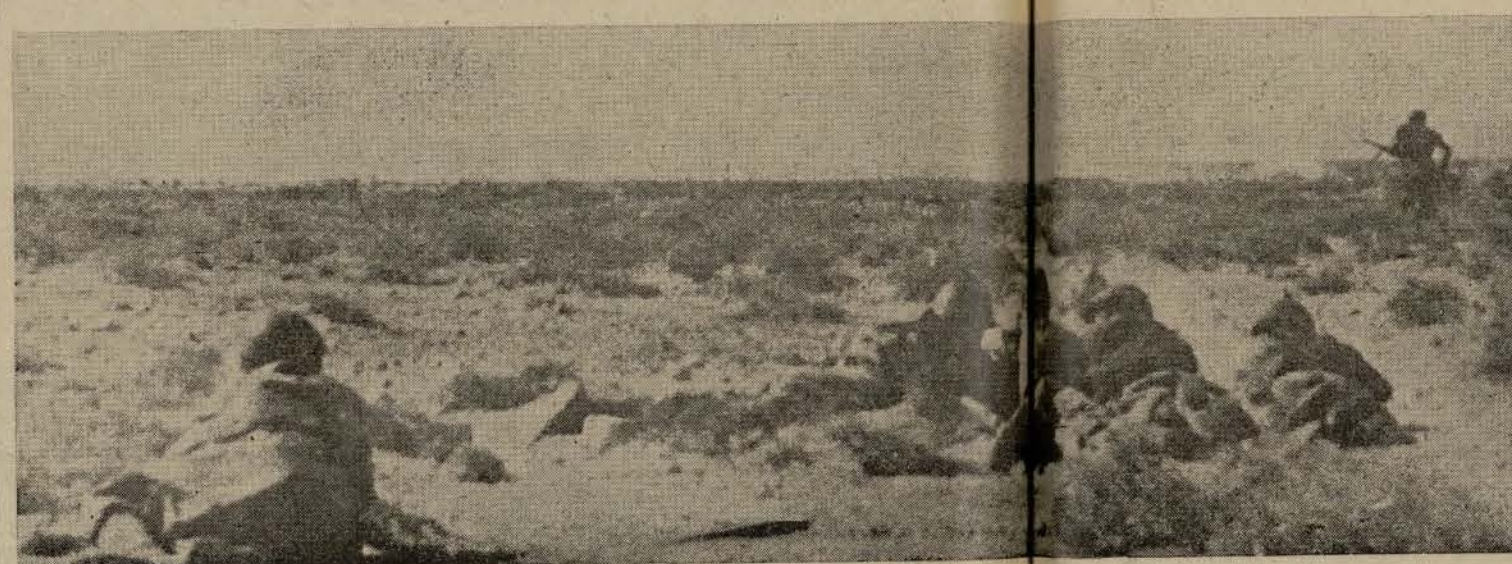
Con este motivo, reciente aún la caída de Singapur, cobran nueva actualidad las declaraciones del portavoz de la Marina nipona, según las cuales los japoneses sólo esperan a obtener el dominio del Océano Índico para, en gigantesca maniobra, tratar de unir sus soldados con los del Eje Roma-Berlín.

Y es que, si se ocupara Rangún por las tropas del Sol Naciente, podrían éstas saltar a la vecina península indostánica, para, una vez en ella, unirse con los italoalemanos, que ahora tratan, por medio de su nueva ofensiva de Libia, de abrirse paso hacia el Canal de Suez.



Claro está que esta gigantesca empresa no se queda a los italoalemanos el camino del Egipto, donde tal vez en la próxima primavera se lleven a cabo nuevas y gigantesca maniobras.

Entre el Cáucaso y la India sólo hay países débiles, como el Irán y el Irak, y mayores sorpresas hemos presenciado en los últimos meses para que podamos ya extrañarnos de nada.



Soldados italianos de un puesto avanzado lanzándose a la conquista de una posición inglesa.

El peor enemigo de los combatientes de la Marmárica: la sed

Lo que declara un conductor del Ejército inglés que durante diez largos días vagó por el desierto con sólo litro y medio de agua

APARECEN LOS CAZAS ITALIANOS

Patrullábamos a las órdenes del comandante Clayton en Hadjé Bichara, situado a pocas millas al sur de Kufra, cuando fuimos descubiertos por los aviones enemigos.

En medio del torbellino de fuego en que nos vimos envueltos perdí por completo la noción de las cosas, y cuando momentos más tarde pude comprobar que me hallaba a salvo, sólo vi junto a mí a tres de mis camaradas: John Easton, herido en el cuello; Alfred Tighe y Jack Winchester, ambos indemnes.

Ellos eran los únicos supervivientes de los hombres que yo transportaba en mi camión, incendiado por los cazas italianos.

CUARENTA MILLAS A PIE POR EL DESIERTO

Se imponía, pues, tomar una resolución y cuando, ya de día, decidimos emprender la marcha hacia el sur en busca de viveres, la sed, una intolerable sed que nos pegaba la lengua al paladar, empezó a torturarnos.

Además, yo iba herido en el pie y John Easton apenas si podía moverse. Con todo, anduvimos durante todo el día y ya a la caída de la tarde una sombra nos hizo estremecernos de alegría. Aquello era indudablemente un camión, pero... era un camión enemigo.

Con los brazos en alto y en fila india nos acercamos a él dispuestos a entregarnos antes que morir de sed en plena desolación.

Ante nuestra aproximación nadie se movió sin embargo, y cuando al fin llegamos junto al camión, cuya negra sombra se recortaba sobre la arena, comprobamos, desilusionados, que sus ocupantes

lo habían abandonado con el motor destruido. Ni una gota de agua en los depósitos ni en el radiador: sólo unas cuantas latas que una vez contuvieron leche condensada y que aún conservaban adherido a sus bordes algún resto de materia azucarada.

UN HALLAZGO QUE ES UN VERDADERO TESORO

Cuando acabamos de arrancar con las manos aquella pasta blanca y azucarada mezclada con tierra, que no pudo mitigar nuestra sed, seguimos buscando y al fin, ¡oh suerte inesperada!, el hallazgo de un bidón de cinco litros, lleno de un agua caliente y oleaginosa, nos llenó de alegría.

Quisimos beberla en los botes, pero todos estaban agujereados y no hubo manera de utilizarlos. Al fin, y cuando el sol era más implacable, seguimos nuestra ruta con mejores ánimos que hasta allí.

Sin embargo, la noche que siguió fué tan fría que, ni aun enterados en la cálida arena, pudimos entrar en calor.

No llevábamos más que la camisa y los pantalones cortos para resguardarnos del frío.

El día que abandonamos nuestra base, situado a doscientos kilómetros al sur del lugar donde ahora nos encontrábamos, nos habían dado una lenteja infecta que nadie probó. ¡Si ahora hubiéramos hallado el sitio donde tan olímpicamente nos arrojaríamos!

LA PRIMERA BATA

Pero el tormento del hambre, a pesar de su usada intensidad, no fué lo peor de aquella lucha.

Por eso, sino que Easton, nuestro camarada herido, cayó para no levantarse más.

Cuando a través de la pesada atmósfera oímos débiles quejidos y volvíamos a recogerle andando como autómatas más que como seres racionales, nuestro pobre compañero estaba ya completamente extenuado y ni el agua que bebí (la mitad de la que nos quedaba) consiguió al fin salvarle.

Lo enteramos en la arena y allí mismo, fatigados del impropio esfuerzo, compartimos los últimos sorbos de agua que nos restaban.

Siempre hacia el Sur y sin calzados, que habíamos perdido el día anterior, seguimos nuestra marcha de alucinados sin más meta ni guía que la Providencia.

Un día, y cuando ya mis fuerzas se iban cediendo, el pobre Winchester, con mirada extraviada, me anunció su decisión de no seguir adelante... No podía más.

OTRO AGUJERO EN LA ARENA

Allí quedé, dormido para no despertar, y con mis últimos alientos.

Nadie podrá explicarse nunca cómo pude sobrevivir a mis dos camaradas. Lo único que sé es que, al día siguiente, me recogieron en Jebel, a 350 kilómetros al sur del lugar donde habíamos sido ametrallados por los aviones enemigos.

Diez días eternos habían transcurrido desde entonces y yo, en mi semiconciencia, no había podido darme cuenta de ello!

Pero hoy la guerra continúa y tal vez mañana haya de volver a incorporarme a mi unidad sin que a mi viejo camarada Tighe, que quedó allí en el hospital de Faya...

Dos episodios aislados de la dramática lucha en el norte de África

La guerra de maniobras, de combates sucesivos, como la que actualmente se desarrolla en el norte de África, logra apasionar a todos y, especialmente, a quienes, con el mapa a la vista, calculan los futuros movimientos del Ejército atacante y las retiradas del que es atacado.

En cambio, la guerra lenta, de posiciones y pequeños combates locales, como la que tuvo lugar en los arenales de Libia entre los meses de junio y noviembre del pasado año, no apasiona tanto porque es menos espectacular, menos previsible.

Y, sin embargo, esta guerra callada es, quizá, más interesante por lo que suele tener de heroísmo individual, de iniciativa del hombre aislado sobre la masa y de la inteligencia sobre las pesadas máquinas guerreras.

Como demostración daremos dos botones de muestra, de los cuales he aquí el primero:

LA AVENTURA DE UN CABO ALEMAN
Primero, herido; luego, prisionero de los australianos, y al fin rescatado por los suyos, el cabo Müller relata su odisea

HACIA EL OBJETIVO

Nuestra consigna de aquel día no podía ser más escueta: hay que coronar aquella loma que brilla a lo lejos y desalojar al enemigo de sus posiciones en ella.

Allí encontraríamos, además, las provisiones que nos faltaban, y, sobre todo, agua, ese precioso líquido que tan necesario es en el desierto. De aquí nuestra desesperación cuando la meta ansiada se iba alejando de nosotros como si no fuera más que un espejismo de los que son tan frecuentes en el desierto libio.

Las horas diurnas se iban acortando y, al fin, con las primeras sombras, llegamos al pie de la pequeña elevación, rodeada por todas partes de dunas de color grisáceo, que constituía nuestra meta.

A nuestro alrededor silban los proyectiles enemigos en abierta competición con los insectos del desierto, pero la Marmárica es así y ya nada logra hacernos sacudir el tedio de las largas horas de inacción pasadas, bajo un sol calcinante, sobre estas yermas tierras.

Sin embargo, algo hace sentirme en este día vagamente inquieto. No, hoy no me siento tan solo entre mis compañeros, como días pasados.

EL ASALTO AL FORTIN

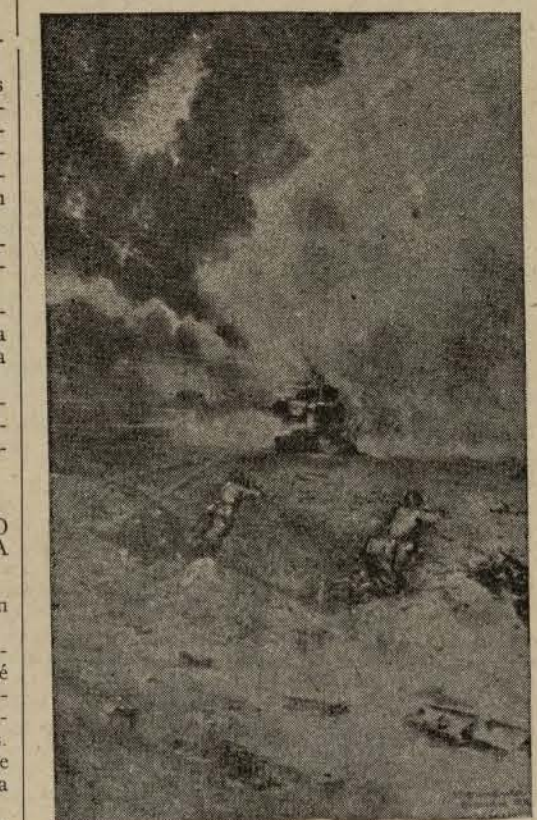
La orden de asalto acaba de llegarnos y los soldados de mi escuadra, fuertes camaradas que añoran su Baviera natal, se aprestan al combate.

Este no ha de ser, sin embargo, muy reñido, porque más que de otra cosa se trata de sondear la potencia del enemigo, de medir sus fuerzas, para, una vez que nos hayamos apoderado de sus abastecimientos, intentar una operación de mayor envergadura.

Ya vamos arrastrándonos sobre la arena y, a la escasa luz del crepúsculo, vemos sólo los fogonazos de las descargas de fusilería y de armas automáticas de todas clases con que nos reciben los soldados australianos que guarnecen la posición que intentamos asaltar.

¡PRISIONEROS!

De pronto, y sin que podamos explicarnos cómo ha sucedido, un soldado y yo nos encontramos cercados por el enemigo.



La Infantería del Eje se opone tenazmente al avance de los tanques enemigos.

Son primero cuatro y luego cinco, y más tarde, seis, siete, ocho, nueve, los australianos que nos acosan.

Útilmente tratamos, mi compañero y yo, de abrirnos un camino con nuestras bombas de mano. El enemigo aumenta a ojos vistos y la retirada nos está vedada. Algo caliente que se desliza por mi pierna izquierda me dice de pronto que estoy herido, que no podré moverme, sin ayuda, del lugar en el cual he caído.

¿Me dejarán allí mis captores? La angustia me oprime la garganta al comprobar que se llevan, herido, al soldado que me acompañaba y que me confían a la guardia de un centinela que ni siquiera se molesta en comprobar si mis heridas son graves.

Ellos saben muy bien que no podré escapar y por eso me dejan atrás hasta que el ataque haya cedido en intensidad y puedan ocuparse de mí.

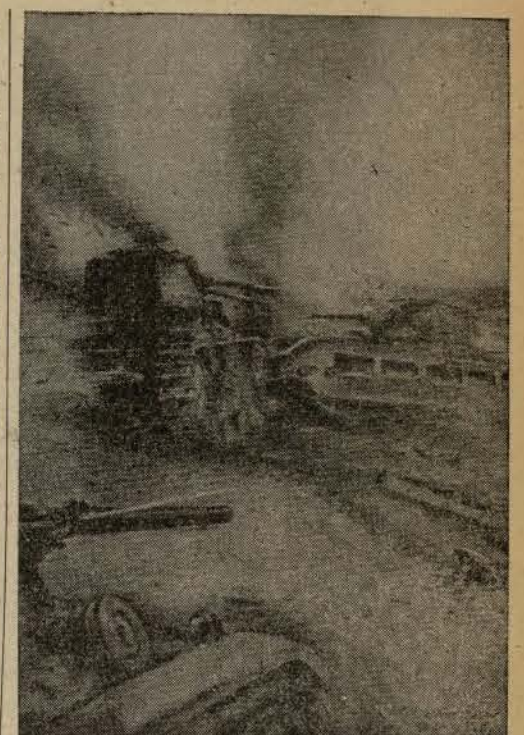
LA HUIDA

Sin embargo, pasan las horas y, acabada la batalla, sólo la sombra rígida de mi centinela de vista me hace compañía en mis sufrimientos.

¿Moriré por la pérdida de sangre? No, aún puedo salvarme, pues el centinela, cansado de su inútil guardia, se ha separado de mí para ayudar a sus compañeros a levantar sus propios muertos y a despojar a los nuestros de sus armas y de todo lo que pueda serles útil.

Ha llegado el momento, y en mi vehemente deseo de escapar intento hacerlo corriendo.

Pero la pierna me martiriza atrocemente y el



La división de carros de combate italiana "Ariete", en un combate en la Marmárica.

CAE LA NOCHE

Ya han llegado las sombras, y a pesar de ello y de que el tiempo ha cambiado bruscamente (llueve ahora con vigor), nuestro sumergible se ha acercado a la futura presa y espera que el petrolero, al cambiar una vez más de dirección, entre al fin en nuestro campo de tiro.

Toda la dotación, atenta y sobre cubierta, acecha el momento del ataque, que no tardará en presentarse. En tanto, el oficial de cuarto mira con sus prismáticos más allá de la proa de nuestro navío al petrolero, que intenta en vano escapar.

Nada turba el silencio que nos rodea y si no fuera por el ronquido de nuestros motores y el rítmico golpear de la lluvia sobre la cubierta, nadie diría que Neptuno espera presenciar una tragedia más de las muchas que a diario en su líquido reino se originan.

¡PREPARADOS!

De pronto el oficial deja caer sus prismáticos sobre el pecho y el comandante, al ver su gesto, se dirige hacia él; tras un breve cambio de impresiones, mira a través de sus propios prismáticos y durante unos segundos permanece mudo calculando la trayectoria de nuestros torpedos.

—Diez grados a babor—ordena de pronto con ronca voz—. Sin prisa.

Y una actividad ordenada, calmada, sucede a la inmovilidad a que todos estábamos entregados desde hacía dos horas.

Nuestros motores van disminuyendo su velocidad, y las órdenes, tajantes y precisas, se transmiten, de altavoz en altavoz, a través de todo el buque.

¡FUEGO!

Los torpedos de proa, tres tubos relucientes e inofensivos en apariencia, salen raudos y dispuestos a herir al adversario, cuya pesada silueta se adivina en la oscuridad que nos rodea, mientras nosotros, en silencio, esperamos las explosiones.

Dentro de unos segundos el petrolero recibirá nuestro mensaje de muerte, y su viaje habrá acabado irremisiblemente. En tanto, nuestro sumergible ha virado, y espera el resultado de sus tres torpedos.

Una explosión, y luego otra y otra. Llegan amortiguadas a nuestros oídos, y el pesado petrolero se parte en dos como una frágil cáscara de nuez, mientras nuestro radiotelegrafista empieza a oír, por los altavoces, los desesperados S. O. S. del buque atacado, su posición, su nombre...

Pero ya todo es inútil, y la última palabra del desesperado mensaje: *torpedoed*, sólo puede repetirse una vez más. Todo ha terminado.

EN EL HOSPITAL
Me dicen que estoy en el hospital, que me hallo ya libre de cuidados, que mis compañeros me han rescatado cuando los australianos me habían herido de nuevo, aunque esta vez, por fortuna, levemente, y que veré pronto a mis padres; pero, ¡debo creer estas promesas!...

COMO HUNDIMOS AQUEL PETROLERO
(Según la narración de un marinero del submarino italiano "X-9")

PETROLEO SOBRE EL MAR

AL ACECHO
Las horas que aún han de transcurrir hasta que el sol se ponga serán para nosotros de acuciante nerviosismo, atentos todos a no perder de vista el convoy enemigo, que trata de huirnos en atrevidos zig-zags.

Mientras dure la luz diurna será casi imposible prever su derrotero, y más tarde, cuando caiga la noche, aún nos será más difícil.

Sin embargo, el comandante no puede dejar escapar la presa y, en pocos minutos, lo prepara todo de modo que el navío más cercano a nosotros, un petrolero de ocho a diez mil toneladas, no pueda escapar a nuestros torpedos.

A centenares de millas de la costa más cercana nuestro navío vigila la agonia del petrolero, que poco a poco, se hunde entre las olas, mientras llega hasta nosotros el acre olor del petróleo, que convierte en un manso lago el antes agitado océano.

Mis compañeros se afanan por registrar la victoria, y con un trozo de paño cualquiera confectúan un gallardete, que añadirán a otros fabricados con el mismo motivo.

Pero es ya muy tarde. El cielo, libre de las enormes nubes negras, que casi nos lo ocultaban, brilla ahora con el resplandor de sus mil luminarias, y aún quedan enemigos a la vista...

F. R. V.

MARTINEZ, JEFE DE

CONTABILIDAD

(CUENTO)

por Pablo VICENT

(Traducción de J. V. Fayos.)

Martínez ganaba su vida alineando cifras. Lo hacía de forma impecable. Era un auxiliar de contabilidad cuya deficiencia física le había impedido cumplir sus deberes militares. Su libro de cuentas era un cuartel aritmético. Martínez pasaba revista a las escuadras de números, aunque su buen sentido le impedía poner en práctica una estrategia fantasista que seguramente no habría merecido la aprobación de sus jefes, los señores "Andreu, Grau y Compañía, hilaturas de todas clases".

Martínez tenía sus preferencias: los 0 le eran antipáticos, le parecían repletos y plácidos; su antipatía le llevaba a escatimarles su obesidad, hasta el punto de hacer óvalos de una extrema delgadez. Sin embargo, adoraba los 1; les encontraba un aire marcial, un aspecto de tropas en actitud de "vista a la izquierda". Su benevolencia era menor con las otras cifras, aunque el 9, con su cola bastante airosa, y el 4, que sostiene fuertemente la barra, le satisfacían mucho. Pero a pesar de esto él obedecía la disciplina del cálculo, no dejándose llevar de su sentimentalismo numérico, cosa que le producía a veces un extraño sufrimiento; pero ante todo él era un buen empleado, un modelo de empleados.

Martínez había nacido para manejar las cifras, como otros han nacido para manejar hombres o automóviles. Cuando era chiquitín se paseaba en las horas de recreo con una tabla de multiplicar en la mano; en clase de ortografía emprendía sumas monumentales; su manía de los números llegaba hasta el punto de agregar varias cifras al final de los nombres. "Será un gran astrónomo", decían, maravillados, sus padres; pero él se había conformado con ser un contable. Era, como él aclaraba a fin de que no quedase duda alguna sobre el asunto, una vocación.

El señor Andreu, director gerente de la Casa "Andreu, Grau y Compañía, hilaturas de todas clases", le tenía en alta estima. Se sentía impresionado por la inspiración de Martínez. Le tenía a su servicio desde hacía veinte años y nunca había descubierto el menor error en sus libros de contabilidad. Martínez era honrado. Toda su voluntad había de ser puesta a concurso para resistir los vehementes deseos que le asaltaban de corregir el carácter estético de una suma por resultados de fantasía. Es muy duro resistirse a este arte; el cálculo habría debido ser desinteresado, no representar ni valores ni dinero. Martínez suspiraba, y como la originalidad le estaba vedada, trazaba las cifras del total con un aire de profunda gravedad, comprobando indefinidamente el resultado, para orgullo de su infalibilidad.

El señor Andreu no le aumentaba el sueldo, la cifra del cual era, por otra parte, perfectamente artística; pero en cambio le decía con frecuencia:

"¡Martínez, estoy orgulloso de usted!"

Y Martínez se sentía satisfecho.

Sus colegas, entre ellos, le llamaban "el cifrero", porque no le comprendían. Ellos dibujaban las cifras con desgana; bostezaban en pleno drama del cálculo y acababan siempre haciendo llevar respetuosamente su trabajo al cuarto de soltero de Martínez para que tuviese el placer de realizarlo. Ellos no compraban nunca los décimos de lotería por la armónica relación de sus cifras; sin embargo, él tenía abonado un décimo de tres pesetas del número 34.189, que aunque nunca se vio premiado ni con reintegro, por razones que mantenía celosamente en secreto, le parecía bello como una catedral.

Martínez sufría a veces de esta obsesión. Las cifras árabes provocaban en él con frecuencia crisis de conciencia. Llegaba a desesperarle el espectáculo de este imperfecto universo numérico que él, pagano, sentía impulsos de reconstruir para mayor gloria de la regla de tres.

Un día, en un café de los suburbios, había conocido a una joven, a la que amó apasionadamente. Tenía la virtud de hablar mucho de cifras, pero, sin embargo, el inconveniente de no haberlas podido poner de acuerdo con la de sus ingresos le obligó, tras una terrible experiencia, a rechazar una adición por demasiado elemental y resignarse al celibato.

La vida de la oficina era toda su vida. Los clientes eran una informe y abigarrada multitud de cifras. El señor Rius, el cajero, era un enorme 0, mientras que el señor Pau, el impecable jefe de ventas, en su extrema delgadez se parecía extraordinariamente a un 1. Martínez comparaba cariñosamente a un 2 a la señorita Niní, la graciosa y flexible amigueta del gerente, y por este estilo cada pareja que se presentaba en la oficina daba lugar a que Martínez efectuase nuevos matrimonios numéricos.

Pero las cifras le confundían, respondían cada vez menos a su atención. Martínez estaba disgustado de verlas escapar a su esfuerzo. Una mañana había reñido a Julio el botones cuando regaba el pasillo. Le había preguntado con cierta rudeza por qué trazaba siempre ochos con su regadera.

—Haz otras cifras más varoniles y deportivas—le recomendó—. El ocho es un insidioso.

Julio le miró atónito, mientras el agua que escapaba de su regadera hacía un charco en el suelo.

—Esa manía acabará por trastornarle la cabeza. Todos esos cálculos le van a aguar los sesos—había dicho a los compañeros de Martínez.

Pero éstos habían reído el lance, sin poner mucha atención en él. Estaban tan familiarizados con su rareza...

Una vez hubo de guardar cama durante varios días a consecuencia de una gripe que, sin cálculo alguno, había atrapado. En sus horas febriles había sufrido terribles pesadillas; las cifras habían bailado danzas satánicas en torno de él; sus esqueletos, cortosionados, saltaban blandiendo antorchas de tiza y se entremezclaban en números perfectamente cambiantes, terminando por dislocarse en una avalancha de trazos que inundaba su cuarto y su lecho hasta casi asfixiarle.

Estas visiones habían dejado honda huella en su espíritu. Era tal la preocupación que sentía, tal el miedo que le inspiraban ahora las cifras, que había embadurnado, para no verlo, el número de la puerta de su casa, y sudaba, temblaba, ante la más simple operación aritmética.

Una tarde, en pleno inventario, Martínez fue víctima de un furioso acceso de locura. Se precipitó sobre el señor Andreu y le insultó con una serie interminable de números, golpeándole la espalda con una regla; luego agarró a

Julio, tratándole de ocho y sacudiéndole con tal fuerza, que le rasgó su guardapolvo.

Al día siguiente ya no se le vio inclinado sobre su pupitre. Había sido internado en el Manicomio provincial.

Se creía Pitágoras e intentaba hablar en griego, aunque su predilección era lanzarse al torbellino vertiginoso del cálculo. Giraba todo lo de prisa que podía sobre sí mismo y acababa cayendo al suelo. Entonces hacía malabarismos con las cifras y sus múltiples combinaciones. Se contorsionaba, se mordía los pies para intentar conseguir una personalidad numérica, y estaba satisfechísimo de sí. Intentaba adiciones fabulosas, pero era tan grande su hábito de contable, que a veces pasaba grandes apuros para multiplicar los resultados. Había clavado en su puerta un almanaque, y el año había transcurrido en cinco minutos entre sus dedos enloquecidos.

A veces Martínez en sus desvaríos afirmaba:

—Yo revoluciono el Mundo con mis cifras adicionales. Nunca había imaginado nadie el trastorno que supone una nueva aritmética. Yo hago vacilar la Bolsa, hago saltar las cuentas de banca, reformo la marcha del tiempo, hago una humanidad nueva ofreciéndole cifras nuevas.

Y sonreía feliz oyendo elevarse hasta él la gratitud de las multitudes.

—Con mi nuevo sistema—solía decir al personal de la clínica—tendréis magníficos sueldos. Mi nueva economía os proporcionará unos ingresos tan insospechadamente elevados que no llegaréis a poderlos gastar. Cada uno recibirá más de lo que pueda dar. Será una revolución de la economía. Se suprimen las crisis. Desaparece la miseria. Soy el Cristo de la Aritmética.

Y tendía su brazo esquelético en actitud de bendición.

Una mañana los guardianes, que habían salido precipitadamente a reducir a un enfermo recién traído, atacado súbitamente de una crisis de furor, olvidaron cerrar el candado de la ventana de la celda de Martínez. Este no se apercebía de ello. Siempre la creía cerrada.

Una mariposa comenzó a revolotear en la habitación.

—¡Oh! El diminuto y simpático 8—murmuró ante el vuelo impreciso del insecto.

Quiso atraparla, pero la mariposa, tras haber examinado la estancia, la juzgó rápidamente sin interés alguno y volvió a salir por donde había entrado. Martínez trepó a la ventana, dió un salto y cayó del tercer piso, mientras la mariposa continuaba indiferente su vuelo irregular en el cielo azul.

Cuando se recogió a Martínez, parecía dormido. En realidad estaba desvanecido. El médico advirtió que tenía rotas las dos piernas y que por la violencia del choque sufría una intensa conmoción. Se creyó que "el cifrero" se moría. Durante tres días balbució incoherencias entrecortadas por gemidos. Al cuarto abrió los ojos y no dijo "¿Dónde estoy?". Sin embargo, exigió imperiosamente se le dijese dónde estaba su libro de cuentas, y preguntó con gran interés qué hora era, sollozando amargamente al saber que eran las nueve y media. "¿Qué va a decir el señor Andreu?", suspiró, Martínez había recobrado la razón.

Pero no había recobrado sus piernas. Cuando salió del hospital cojeaba, no como en la copla, de las dos piernas a la vez, sino de una o de otra, según el tiempo que iba a hacer.

El señor Andreu, en nombre de la razón social "Andreu, Grau y Compañía, hilaturas de todas clases", acogió benévolo a nuestro hombre, a pesar de las sonrisas mal disimuladas de sus antiguos compañeros. En el fondo estaba satisfecho de recobrar a un empleado modelo. Desde el día que Martínez había sido llevado al manicomio, las cuentas marchaban menos escrupulosamente. Errores imperdonables vagaban a través de las líneas y habían acampado entre las comas con insolencia. Dos empleados habían pasado por el puesto de Martínez, teniendo que ser despedidos. Conocían bien su profesión, desde luego, pero el señor Andreu pensaba, con alguna razón, que Martínez era único.

Pero aunque el golpetazo de su caída había puesto de nuevo orden en su cerebro, dejó en él las sensibles consecuencias de la doble fractura. Cojeaba menos, sí, pero él sabía que no recobraría nunca su agilidad de antaño. Y Martínez, seguro de su derecho, planteó un proceso a la Diputación de su provincia.

El abogado de Martínez afirmó que la Diputación no podía alegar haberle curado por la imprudencia de sus funcionarios, y sonriéndose tuvo la audacia de afirmar que la Diputación no era un médico, ya que, aunque le había curado, no lo supo hacer más que a cambio de asegurarle otra enfermedad. Ningún precepto legal autorizaba a curar tan originalmente, a cambio de imponer otra calamidad. Se deducía, pues, responsabilidad, y había lugar a una indemnización.

El Tribunal en su sentencia reconoció que Martínez "había recobrado la razón y que, en este aspecto, el Manicomio provincial había cumplido perfectamente su misión médica; pero por otra parte existía falta grave de servicio, que provocó su enfermedad actual, que aunque hubiese podido dejar intacto su desequilibrio mental, implicaba una incapacidad parcial para el trabajo". Y Martínez obtuvo una indemnización de 50.000 pesetas.

Martínez ha vuelto a la Casa "Andreu, Grau y Compañía, hilaturas de todas clases", rehabilitado por completo. La Casa, como sabéis, ha sido ampliada por su fusión con la firma "Palau y Tomcu, S. A.". Martínez es hoy el jefe supremo de Contabilidad. Su proceso le ha proporcionado tal aureola, que hace de él un personaje indiscutible. Martínez ha comprendido que no hay que cubiletear con las cifras, sino componer con ellas, y sobre todo con lo que representan. Está seguro de no volver a enloquecer, y de vez en cuando, en el momento oportuno, se equivoca voluntariamente en los cálculos, lo que demuestra de forma indudable que está completamente curado...

LIBRO SENSACIONAL

FAMOSO EN EL MUNDO ENTERO
TRADUCIDO A DOCE IDIOMAS

LA GUERRA Y EL SOLDADO

por ASHIEI HINO

Personajes y hechos legendarios japoneses matizan de interesante exotismo este "diario" de un soldado japonés, hombre ciudadano y culto, que nos cuenta cómo pelea en China el soldado nipón y cómo es de humano su sentimiento.

"La novedad e interés del libro están en sus humanas reacciones." "Es un documento humano universal." He ahí dos opiniones de dos grandes críticos ingleses.

ELEGANTE VOLUMEN DE 600 PAGINAS, 25 PESETAS

Editorial Juventud, S. A.

Barcelona

El duende de la Corte

Nuestro siglo XVIII nos es poco conocido; sin embargo, existen sucesos en él que, por la resonancia que alcanzaron, han llegado hasta nosotros a través del tiempo, sobreviviendo a todas las inquietudes por que ha pasado España. Tal vez el más característico episodio de este período (comprendido entre el advenimiento de Felipe V y el de Fernando VI) sea el del famoso "Duende", que constituyó el alborozo de los Cortes europeos al creer que la podredumbre de que daba muestras la capital española era fiel reflejo del estado del Reino.

Los antecedentes de la creación de este grotesco y a la par trágico personaje, que revelaba, al imperar la crítica en todos los órdenes, la triste realidad de nuestra decadencia, los encontramos en los hechos acaecidos poco antes en la Embajada portuguesa; los del éxito en el deseo siempre latente en el vulgo de encontrar flaquezas en los gobernantes, a los que saben de su misma naturaleza y creen de su misma condición.

El suceso, harto desagradable, de la Embajada consistió en que los criados de Cabral de Belmonte, que era entonces el representante de Portugal en Madrid, arrebataron un reo a la Justicia, por lo que ésta se vio obligada a allanar el domicilio diplomático, encerrando luego, por orden del rey, en la cárcel de Corte a todos los causantes del atentado. Todo ello, normalmente, no habría pasado de una explicación, más bien personal, hacia Cabral de Belmonte; pero la conducta seguida por éste, en extremo ofensiva, indujo, pese a la unión que entonces existía entre los dos Reinos, a la retirada de los respectivos embajadores. Los portugueses esperaban una flota del Brasil, que había de traer valiosos productos coloniales; más al ver que Felipe V mandaba zarpar nuestra Escuadra hacia Portugal, temiendo una interrupción naval con Ultramar, pidieron urgentes socorros a Inglaterra, la cual, por tener singulares apatencias en la expedición, inmediatamente equipó una flota, al mando de Juan Norris, que partió el 27 de mayo de 1735, llegando a Lisboa doce días después. Mr. Keene, embajador inglés en Madrid, presentó una Memoria exponiendo las intenciones de su Gobierno de proteger el esperado convoy del Brasil. La armonía tardó en restablecerse, pero al fin se resolvió pacíficamente el conflicto surgido.

Un portugués seriamente comprometido en los anteriores sucesos (ya que parece fué el que aconsejó a Cabral de Belmonte su poco diplomática actitud), carmelita descalzo del convento de San Hermenegildo, de Madrid, sito en la calle de Alcalá, que respondía por Fray Manuel de Silva en el Mundo, y por Fray Manuel de San José en su Orden, fué quien inquietó a parte de la Corte e hizo réir a una gran mayoría, entre la cual se encontraba el mismo rey. Como la personificación del brazo de la justicia al castigar la sustracción del preso fuese el entonces primer ministro José Patiño, en él recayó con mayor ensañamiento la furia incontrolada de Fray Manuel, que se firmaba "El Duende", queriendo dar carácter misterioso y documentado a su engendro. Estas homilias, a poco de salir de su desconocida redacción, eran ya recitadas, copiadas y unánimemente celebradas por toda suerte de individuos de actividades más o menos confesadas y oficiales.

Si Patiño hubiera despreciado los infundios, tal vez hubiera llegado un momento en que desaparecieran igual que habían comenzado; pero la imperturbabilidad es don de Dios, no de los hombres, y por alto concepto que se tenga del propio deber cumplido, es muy penoso saber que están fiscalizados todos nuestros actos, con el fin de querer descubrir luego en ellos designios y hechos distantes de la verdad, pero que poco a poco producen en el ánimo del pueblo una sen-

dimentación de impresiones que originan consuetudinariamente la certidumbre...

Las medidas de represión tomadas fueron las mismas que si se tratara de negocio de Estado; mas, a pesar de ello, los éxitos no correspondieron a los esfuerzos.

La publicación de los papeles del "Duende" dió comienzo el 8 de diciembre de 1735 y terminó el 7 de junio de 1736. Los méritos poéticos residen, aparte de cierta grosería, peculiar del anónimo, en una gran soltura, ya que no riqueza, de la versificación. Son sus mejores partes "El Consejo de Estado", que finge celebrarse en El Pardo, y "Confesiones de Semana Santa", dada a luz entre el 19 y el 26 de enero de 1736. En ella supone que los oficiales de la Secretaría de Estado confiesan ante el padre Patiño (alusión al tiempo que perteneció a la Compañía de Jesús en Italia, no llegando a profesar) sus flaquezas y fraudes, intercalando con algunas realidades verdaderas monstruosidades, sobre todo en política internacional, que el vulgo acogía favorablemente.

La persecución se intensificó. Un teniente coronel de Dragones—Cam-

pana—fué a un presidio de Africa por distribuidor de los papeles. Un abogado estuvo preso en la cárcel de Corte por sospechar fuera el verdadero "Duende". Pero, en general, no adelantaba el proceso, pues los complicados detenidos hacían continuas delaciones, muchas veces de personas honorables, con el fin de enturbiar y eternizar la solución, según sospechó y luego vió corroborado el cardenal Alberoni.

Al fin se descubrió al "Duende" y su verdadera personalidad, encontrándosele varias sátiras de puño y letra en preparación. En espera de la celebración del juicio fué encerrado en un convento, del que aun hoy no se sabe en qué forma consiguió huir, llegando al poco tiempo a Lisboa, donde, protegido por su rey y Gobierno, fué enviado a Italia y recomendado al marqués de Banditela. En Florencia usó a veces el uniforme de coronel de Dragones portugueses. En 1747 volvió de Italia, y caminando hacia Lisboa murió oscuramente en Riolos, siendo enterrado en el convento de San Francisco de dicha población.

Después se ha dicho que Felipe V fué el autor de su libertad, con el fin de molestar a Patiño; pero esto, históricamente, carece de base, ya que desde esta fecha y hasta su muerte (acaecida el 2 de noviembre de 1736, a consecuencia de estos sucesos y de la ejecución del falsario Artalejos), rodeó el rey de atenciones a su ministro.

José Luis ASENJO MARTINEZ

En el último viaje de Rabindranath Tagore

Tagore ha emprendido su último viaje. Su definitivo viaje. Y ya un trimestre viril y crudo nos separa de la última sonrisa—su ingenua e inefable sonrisa—que sus labios han dirigido, complacidos, a aquel albo torrente desmadejado de sus beatíficas barbas. Tagore se ha encontrado a sí mismo—creemos—, y su último recuerdo ha volado, indigable, para su "ashram" espiritual de Santi Niketan, que fué su aula, su obra, su retiro.

Sobre todas las facetas intelectuales de Tagore, creo yo adivinar, sobrepuesta, su significación espiritual. Porque Tagore, aunque dedicado a otros campos circunstanciales, es en esencia un poeta. Y un místico. Y por eso su análisis debe hacerse con amor. Con el mismo con que hacía canciones de sus pensamientos y enseñaba a los niños de Santi Niketan a amar a Dios.

Rabindranath nació en Calcuta en la primavera de 1861. Hijo de Debindranath, noble hindú, reformador de las doctrinas védicas, transcurrió su infancia en un ambiente de amable aristocracia india, en el ambiente de las doctrinas políticas y tuberos místicas de su padre. Amante por inclinación e inducción paterna de la Naturaleza, se regala en múltiples excursiones campestres. Las correrías por el Himalaya, las incursiones por Bolpur,

preparan en el sedimento hipersensible de su niñez un apropiado campo para su definitivo temperamento poético. "Un día—escribe en sus "Recuerdos"—en que paseaba por nuestra terraza, y ya a hora avanzada de la tarde, el ardor del poniente y la livida palidez del crepúsculo, se combinaron para dar a la llegada de la noche una belleza extraordinaria, un encanto desconocido. Hasta los mismos muros de la casa vecina me parecían transfigurados." Y así Rabindranath relata con su sencillez encantadora el proceso psicológico que le produjo tal visión...

Y desde entonces, por necesidad escribe. A los ocho años. No importa. Su concepción externa de las cosas le vale una singular simpatía, y su original poesía encanta. "Aquel día—prosigue—brotó de mi un poema como el agua del surtidor de una fuente..."

Temperamento prematuro—y no malogrado—, se casa a los veintitrés años, en las orillas del Ganges, en su inolvidable Shelidah, donde convive durante diez y siete años con los rústicos labradores indios. El amor y la calma es lo que reina entonces en su obra. Es su ambiente. Quiere conocer a su pueblo para amarlo, y de estas convivencias salen sus impulsos nacionalistas, inspirados en la justa independencia de su Bengala, concibiendo trenos iracundos contra el patriotismo inglés, "patriotismo—dice—con el cual Occidente ha humillado a Oriente, patriotismo que es egoísmo nacional. Tengo aquí, escribe, un placer más, y es la visita de alguno de estos buenos vecinos. ¡Es tan espontáneo el homenaje de su veneración! A través de estos cuerpos consumidos y arrugados resplandecen almas dulces de clara sencillez. Los niños pequeños son sencillos, pero no tienen la devoción fiel, inquebrantable, de éstos".

Y Tagore concibe, ayuda en su labor intelectual al resurgimiento de una nueva Bengala. Y como grito faccioso concibe la creación de la escuela de Bolpur, basada en una concepción pedagógica nueva, original, en la que atendía a la mentalidad inconsciente, "que en el niño es más activa que la consciente". Y esto, como obra suya. Como grito de rebeldía a los maestros ingleses de la India; que "son buenos, honrados y veraces, pero poseen un gran exceso de espíritu orgánico que se traduce, en el ejercicio de las carreras, la caza, el boxeo, y ofrecen una resistencia obstinada a todo contagio espiritual o intelectual".

A los cuarenta años de edad—su cuarentena pródiga y fecunda—pierde, en desenlace fatal, una hija, que llevó la tisis. Y su hija precedida de la madre. Tagore, en esta irreparable pérdida, tiene entereza y humildad. Y recibe este golpe con una clara serenidad. Serenidad hija de la fe. "En algunos instantes—dice—se me ofrecía como alivio, a pesar del dolor que acababa de producirme, la idea de que esta vida no es cosa permanente."

Y desde entonces tenemos—como cambio decisivo operado en su vida—un giro nuevo de su existencia. Esto le hace más popular que sus versos, más atractivo en Occidente. Y viaja por toda Europa y América. Y tan sólo este ideal hace permanecer tiempo al poeta en Nueva York, donde una urbanidad altiva y orgullosa, exenta de todo espíritu de belleza, le hace suspirar por su apacible "ashram" de Santi Niketan.

Un día en Hamburgo, cansado de horas de honores, descansa el poeta en el cuarto de su hotel. Abstraído, contempla, no ve. Se entreabre la puerta. Una mano, un brazo ya, femenino, con un ramo de rosas. Una muchacha rubia, germana, sonríe ante el beatífico aspecto del vate hindú. "Yo amo a la India", le dice. "¿Y por qué ama usted a la India?", le pregunta Tagore. Y la muchacha alemana le contesta: "Porque amo a Dios".

Esto ocurrió en Occidente. Y con una ofrenda simbólica—toda obra en Alemania es por símbolos—le da unas rosas a Tagore, que es símbolo de Oriente.

Ahora Tagore ha muerto. Y en Santi Niketan—su aula, su obra, su retiro—parecen florecer, entre las pródigas palmeras proyectadas de un suelo cuajado de arbustos, aquellas rosas que un día Occidente dió, como promesa, a Oriente.

José Luis VARELA

LIBROS

ARON COTRUS

Dos libros del poeta rumano Aron Cotrus tengo ante mí vista. Los dos magníficamente traducidos al español por Cayetano Aparicio. Los libros son: *A través de abismos de adversidad* y *Rapsodia Valaca*. El primero escrito en Milán, en el año 1929; el segundo en España, donde actualmente el poeta es agregado de Prensa de su país, como antes lo fué en Milán y en Varsovia. Este último li-

bro escrito en 1940. Once años, pues, van del primero al segundo; pero en los dos existe la misma palpitación, la misma idea constante: Rumania y sus hijos. En los libros anteriores (ninguno de los cuales está traducido al castellano), el mismo tema patriótico y social se levanta en el verso viril, caliente, apasionado, del poeta de Hasang. Cuando publicó *Măine* (Mañana), su primer libro, logró un gran éxito de crítica y público en las tierras rumanas, a las que tanto ama, y de las que por su profesión se ve tantas veces separado. Con *Horia*, que se escribió en el 150 aniversario de la muerte de este patriota rumano, que fué enroldado por los húngaros y que capitaneó la rebelión transilvana contra los nobles magiares, logró Aron Cotrus su segundo gran éxito. Siempre cantando con el corazón puesto en su país, editó *Patria*, libro del que han dado decenas de millares las editoriales rumanas. Sus últimos libros son estos dos, ya citados: *A través de abismos de adversidad* y *Rapsodia Valaca*, que son los que nos ofrece Aparicio con su acertada traducción.

RAPSODIA VALACA



OLIVIERO TARTU Y C^{IA} MADRID 1944

El primer libro es un poema editado por la revista *Escorial*, en el que se canta a la brava estirpe rumana, siempre amenazada por su vecina soviética:

"¿Por qué no me has destinado a ser, ¡oh, Señor!, sobre un siglo entero, duro caudillo invencible, hombre tozudo, solar, con una estrella en la frente, listo para afrontar la tierra entera, de victoria en victoria, sin tregua siempre, para arrancar ojo por ojo, diente por diente, para que esta áspera estirpe mía vaya en marcha ruda hacia adelante?"

En esa "áspera estirpe", en esa "marcha ruda hacia adelante" estarán "con temblor ciego, profundo, Juanes gigantes", que "crecerán como de las rocas", mientras que Rusia no tendrá para detenerles "bastantes Ivanos".

De este poema, al ser publicado en Rumania, dijo Dragos Vranceanu, crítico de *Curentul*, en el número del 8 de abril de 1938: "Podría decirse que *A través de abismos de adversidad* es uno de los poemas del señor Cotrus que tienen un ritmo más amplio y vigoroso al mismo tiempo. Estamos ante una construcción, una fortaleza de versos potentes, en la que los acentos casi exaltados, pero permanentemente conscientes, orgánicos, dan a esta fortaleza torres altas de vigía."

En este justísimo juicio sobre Aron Cotrus nos dice aun el crítico rumano: "El señor Cotrus es el antipoda del retórico; es en el verso elemental como la propia Naturaleza."

Otro crítico, Vintila Horia, escribió en el periódico de Bucarest *Porunca Vremii* magníficos juicios sobre el poeta patriota: "El verso del señor Cotrus te ciñe, te conquista, aceptando sus ideas, inflamandote como un himno surgido de la entraña de la Patria. Quien lea y comprenda la profundidad de este poema se dará cuenta de que el señor Cotrus es el poeta más ligado a la realidad, el más preocupado en desvelar en poesía los símbolos y los mitos de la actualidad."

Muchos más críticos, que no cito por no extenderme demasiado, han hablado en términos semejantes del vigoroso poeta rumano.

A través de abismos de adversidad merece, sin discusión alguna, las elogiosas frases de toda la crítica. En él Aron Cotrus canta la fuerza, el coraje y la rebeldía de su pueblo, siempre amenazado y vigilante. Este

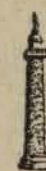
libro, publicado en Bucarest el año 1938, parecía anunciar la guerra, y ha pasado a la categoría de profecía cumplida: Rusia y Rumania luchan frente a frente.

Sobre la *Rapsodia Valaca* he de decir que está a la misma altura que el libro comentado. La preocupación por Rumania, por su estirpe, permanece en el poeta. Ahora busca con ansia la semilla del primer rumano y canta a la madre Roma con ver-

POESIA RUMANA CONTEMPORANEA

ARON COTRUS

A través de abismos de adversidad



OLIVIERO TARTU Y C^{IA} MADRID 1944

dadero entusiasmo y con esa pujante fuerza poética que Aron Cotrus mantiene a lo largo de las páginas de todos sus libros:

"Y quisiera con el deseo—lunático lobo—arrancarme de la selva de los siglos, y pasar de puerta en puerta, a través del tiempo muerto, de umbral en umbral, con sandalias o chavercos de ceniza."

A lo largo de toda la *Rapsodia Valaca* hay una vehemencia, un impulso magnífico y, continuamente, deslumbradores relámpagos líricos, con esa vitalidad característica de este gran poeta social y patriota:

"...vintul—armasar urias—calca-va usor iarba per mormintele lor..."

(El viento—semental gigantesco—pisará ligero la hierba sobre sus tumbas.)

Gracias a Cayetano Aparicio, que tan buena traducción nos ha dado, puede gozarse hoy en España de los magníficos versos de Aron Cotrus.

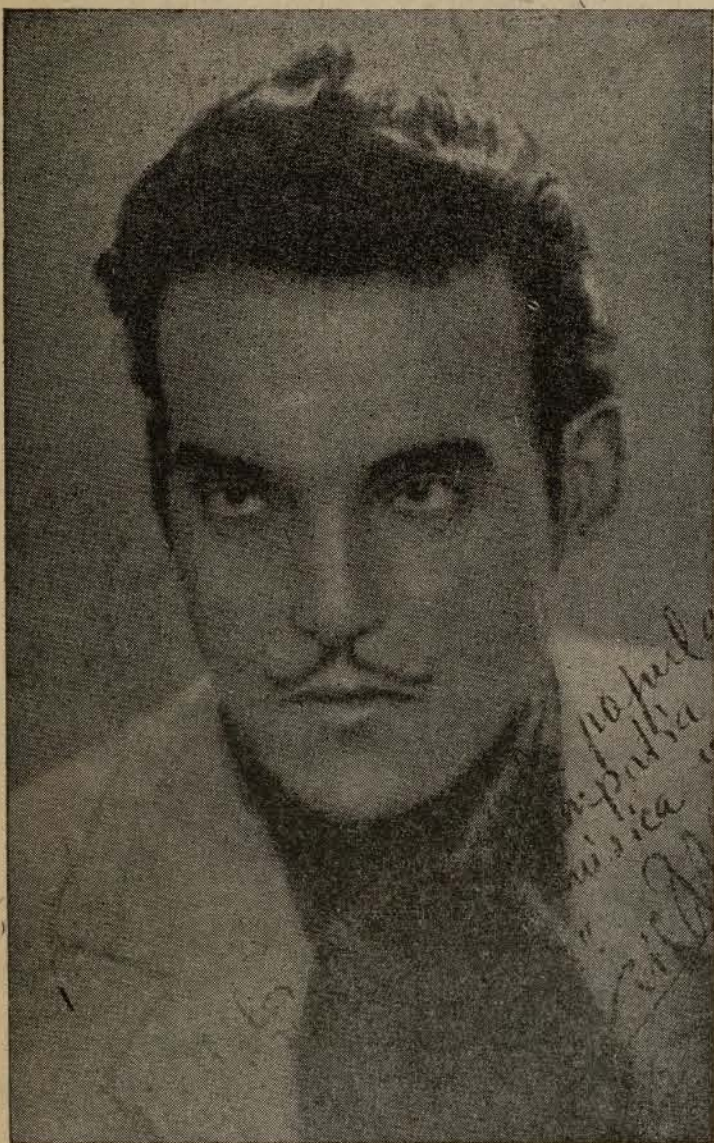
R. P. MORALES

ESPAÑA HA ALCANZADO UN PRIMER PUESTO EN LA MUSICA DE "JAZZ"

Moda, estética e inquietud de un arte que se impone

Interesantes declaraciones de Rina Celi para los lectores de TAJO

Por José ALTABELLA



El joven y notable compositor Luis Araque.

Recientemente ha dicho un cronista que el pasado año 1941 dió sus últimas boqueadas con una escolta de saxofones y trompetas con sordina, como el 1900 se esfumó a los acordes del vals. La música negra, pese a sus detractores, se impone. Ayer, se bailaba sólo, y hoy se oye, solamente por el placer musical de escucharla. Un proceso de tipo biológico ha dado paso a un sentimiento de raigambre sinfónica. Lo que pudo ser medio—no artístico—, ha pasado a ser fin—totalmente estético—. El "jazz"—ardiente, loco, eufórico y endiablado—ha marcado en nuestra generación una hora mágica: está en el hermoso mediodía de su furor.

La notable vocalista de "jazz", Rina Celi, que ha rasgado con las vibraciones sutiles de su garganta los misterios inefables del mundo tenue y delicado de la media voz, nos explica:

—La música de "jazz" surge de los lánguidos lamentos de las canciones espirituales negras, como casi todas las muestras típicas del "folklore" nacen de una manera espontánea e improvisada. Las interpretan los coros de gentes de color en las anchas plantaciones de algodón, mientras trabajan sudorosos. Casi todas diluyen un sentimiento de queja resignada, que origina bellos motivos enmarcados en una línea melódica arrastrada. Cooperan a la música del "jazz" elementos tan importantes y populares como las canciones de los "cow-boys" y vaqueros del lejano Oeste, quienes, acompañados de "banjos" y "ukuleles", entonaban durante la noche. Es entonces

cuando aparece el "fox", ya con sus caracteres diferenciativos y esenciales.

—Y en este momento del apogeo del "jazz", ¿hubo reservas por parte de los compositores?—preguntamos.

—Apenas. Autores especializados, de una sensibilidad exquisita y profunda, se dedicaron a enriquecer el género con las galas de sus creaciones. Son los tiempos en que el viejo Handy crea el "padre de todos los blues": *Saint Louis Blues*, la sentida melodía que quiere expresar el odio que la gente de color experimenta hacia la ciudad maldita, que tan mal les trató. Son los tiempos, también, en que Sophie Tucker, aquella mujer blanca de temperamento delicado, triunfa en los escenarios neoyorquinos con su célebre creación *Un día de esos*. Ambos pueden considerarse los clásicos del "jazz".

—Así que, ellos marcaron pautas, ¿no?

—Efectivamente. Siguiendo las huellas de estos primitivos compositores—precursores, más bien—la música de que hablo adquiere un desarrollo pujante y definitivo. Una coloreada gama de matices irrumpe en ella con los más diversos estilos y exageradas estridencias, que contribuyeron de una manera, efímera si se quiere, a enriquecer su formación y, sobre todo, a adquirir una definitiva sonoridad orquestal. Pero los que permanecen fieles a la tradición, huyendo de disonantes malbarismos, permanecen en la línea constante de musicalidad agradable y depurada. Ejemplo de ello son las composiciones de los

grandes maestros Carmichael, Will Hudson, Gershwin...

—Aducen algunos que, por tratarse de una música racial, étnica propiamente, no tiene vida fuera de su país de origen...—le insinuamos.

—Absurdo, totalmente absurdo—nos dice nuestra interlocutora, deshaciendo nuestro error—. Como decir que la música de "jazz" es decadente y viciosa. Al contrario, en ocasiones tiene fragancias de salmo y vivencias de emoción litúrgica. La música de "jazz" se halla extendida por todo el Mundo. Músicos de todas las nacionalidades se dejan captar por su influjo. Es un "snobismo" necio argumentar cariz antipatriótico a esta música. En el "jazz" alemán, donde se destaca el gran compositor Peter Kreuder, tenemos modelos de tanto "swing" como el conocido "fox" rápido de Secunda *Contigo soy guapa*. También los autores italianos sienten e interpretan esta clase de música. Con ellos y con los músicos españoles se engalana este género con la brillante fluidez de la melodía latina, que tan de moda se ha puesto en los países americanos.

—Ha dicho usted que los españoles...—intentamos ampliar.

—Puede afirmar rotundamente, amigo, que España, cuyos artistas se han distinguido siempre por su poderosa capacidad de creación, ha alcanzado un primer puesto en la música de "jazz". El gran crítico Hugues Panassié ha dicho que, después de los nativos, los autores españoles eran los que más y mejor podían producir esta clase de música; así se explica que melodías típicamente españolas hayan alcanzado en el Mundo entero éxitos singulares, incluso en la propia América.

—Hay bastantes autores españoles de este género, ¿verdad?

—Y tan verdad, amigo. Un nutrido plantel juvenil, entre los que están Sebastián Albalat, Adolfo Araco, Ramón Evaristo, Luis Araque, Soto, Fernando García, Rivera y otros más, rivalizan con los más prestigiosos compositores mundiales.

Efectivamente, el reportero conoce el caso personal del joven compositor aragonés Luis Araque—teniente médico, maestro de primera enseñanza y escritor—, que es uno de los que más cobra en España por esta clase de obras, solicitadas de diversas naciones, incluso de América.

¡Maravilloso mil veces este hecho de España! Sobre toda la gloria de sus conquistas, hace suya una más: su condición de imponerse con prioridad a lo extranjero. Portugal inicia la era de los descubrimientos oceánicos y nuestra Patria remata con colosal destino sus campañas de descubrimientos, conquistas y colonizaciones. El deporte futbolístico llega a nuestros lares de allende el Pirineo, con las mantillas de lo balbuciente, y el suelo ibero muestra hoy un plantel de soberbios jugadores internacionales. La música de "jazz" llama tímida a las puertas de Hispania, con solicitudes pudorosas de corriente hospitalidad, y nuestro país muestra hoy con orgullo su primer puesto en este género musical.

Nuestra raza, esplendente y soberbia, es capaz de estos giros de progreso y grandeza. Una vez más, reiteremos nuestro orgullo de sentirnos españoles.

LA GUITARRA

Portavoz musical del Renacimiento

Es algo paradójico que un instrumento a látere del pueblo, cuya formación e historia siempre se ha hallado unida a la vena popular por estrechos vínculos, experimente en los momentos actuales, por parte del pueblo mismo, el más lamentable concepto de incompreensión.

Y no es éste el aprecio que merece el instrumento—portavoz de toda una época musical—, el único si se quiere de la vida musical española en el Renacimiento. Y así la vemos en manos del músico-poeta Vicente Espinel, perfeccionada con el aumento de la quinta cuerda, por el aventurero estudiante de la famosa Universidad de Salamanca. Y en su relato de la "Vida del escudero Marcos de Obregón", inspirador de otro no menos famoso, "Gil Blas de Santillana", siempre aparece "la guitarra" como punto preeminente e ineludible en todas las situaciones. ¡Vida pintoresca y azarosa la de aquel rondelero! Espinel, que comienza siendo estudiante en Salamanca, inicia muy pronto el primer éxodo de su vida zozobante. Marcha a Italia; pero ni los azares de su vida pintoresca—vida costumbrista del siglo XVI—le hacen por un momento abandonar su afición a "la guitarra"; y observamos que a través de las páginas de su novela, o mejor autobiografía, nos traza algo esquemático si se quiere, pero con líneas perfectamente definidas, todo un ambiente musical, cuyo portavoz más fiel es su inseparable instrumento.

He aquí con cuánta galanura de estilo y donaire nos cuenta un episodio, no exento de interés: "Venía todas las noches a visitarme un modesto barbero, conocido mío, que tenía bonita voz y garganta; traía consigo una guitarra con que, sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas tonadillas a que yo llevaba un mal contrabajo; pero bien concertado, de manera que con el concierto y la voz del mozo, que era razonable, juntábamos la vecindad a oír nuestra armonía. Y por cierto que la guitarra era empleada en estilo popular, rasgueado (como mejor podía esperarse del clásico mocito barbero), sin trazas de "punteado polifónico".

Indiscutiblemente, ya el pueblo había comenzado su obra de adulteración.

Vuelve Espinel (Obregón) a su tierra (Andalucía), y en el camino encuentra las pintorescas caravanas de gentes a pie—que así recorrian España—, sin que a sus cantos y algazaras falte el aditamento de la guitarra. Vemos, pues, que cada vez más va siendo el acercamiento del pueblo al castizo instrumento.

Embárcase Espinel para guerrear en Italia; una tempestad le hace naufragar frente a las Baleares; alcanza tierra en una desolada isla, la de Cabrera, y la guitarra es el consuelo de los naufragos.

Muchos años después le encontramos en Madrid, en compañía del licenciado Gaspar de Torres, "que en la verdad de herir la cuerda con aire y ciencia llegó al extremo que se puede llegar".

Casi al final de la novela, de vuelta otra vez a su tierra, en una cuesta del camino vuelve a oír el son de guitarras que celebran "holganza de fiesta". La zambra bien conmueve al caminante.

En estas fiestas bien claramente hallaremos los comienzos del canto andaluz—no su antigüedad—, acompañado de guitarra, de lamentable trascendencia para el porvenir de tal instrumento. Todo aquel *schverismo*, influencia o derivación griega, que caracterizaron al instrumento español por excelencia, van perdiéndose paulatinamente.

En el periodo contemporáneo, Tárrega y algunos espíritus selectos elevan a su justa altura la valoración de la guitarra.

Ahi están también los nombres de Segovia, Mora Romero, Regino, Sáinz de la Maza y Sánchez-Granada...

Pero con todo, "el pueblo"—y damos a esta palabra su expresión más genérica—todavía no acaba de concebir la alta significación del instrumento cuyos sonidos no tienen límite polifónico, y al que una estúpida flamenquería rebajó el suntuoso pedestal de lo que fué sin igual portavoz del sentir musical en la vida española del Renacimiento.

T. RABANAL BRITO



La excelente vocalista Rina Celi.



El conjunto armonioso de este vestido hace destacar la estética femenina.

Tanto peca lo mucho como lo poco

Vamos a tratar, queridas lectoras, de un problema de estética que a todas las mujeres nos preocupa grandemente. ¿Se debe ser gruesa? ¿Se debe ser delgada? Ni una cosa ni la otra. Tanto peca un extremo como el otro. Una mujer demasiado gruesa resulta tan antiestética como la que está demasiado delgada. Con esto pasa lo que con la virtud, que sólo existe la perfección en el término medio. Hay que cuidar de la salud, porque lo mismo en un caso que en el otro, el sistema glandular no funciona bien. El médico es el indicado para descubrir el defecto y curarlo, según el caso. Debemos vigilar nuestro peso, pesándonos una vez al mes. La proporción de nuestro peso debe ser con relación a nuestra estatura, igual a los centímetros que se miden más del metro; es decir, que si medimos 1,55 metros de estatura, debemos pesar 55 kilos.

No vayáis a creer que se puede poner gruesa o delgada sólo con atracarse de comida o con pasarse la vida en continuo ayuno. Nada de eso. Lo que hay que hacer es alimentarse según un plan higiénico basado en las calorías. El cuerpo humano tiene, aproximadamente, una temperatura de 37 grados, temperatura alimentada y sostenida por la nutrición. La Ciencia sabe calcular las calorías de cada alimento, pues no todos los alimentos tienen el mismo número, y esto debe servir de norma.

Para que el cuerpo mantenga los 37 grados de calor durante veinticuatro horas precisa 30 calorías por cada kilo de su peso. Así es que si pesamos 50 kilos, tenemos necesidad de 1.500 calorías. Si sólo consumimos 1.000, adelgazaremos consumiendo parte del calor contenido en nuestra reserva de grasa; si, por el contrario, consumimos 2.000, absorbemos, por medio de la digestión, 500 calorías de más, que se transformarán en grasa. Desde el momento en que consumamos 100 calorías más de las necesarias, aumentará nuestro peso en 20 gramos. Voy a hacer una Tabla de los alimentos y del número de sus respectivas calorías, de modo

que podáis regularlas según vuestro caso personal. He aquí:

Una cucharada de aceite...	= 153 cal.
50 gramos de queso...	= 200 —
50 — chocolate...	= 250 —
Un vaso de vino...	= 200 —
Cinco higos secos...	= 210 —
Un vasito de ron...	= 150 —
Un caramelo...	= 100 —
Una cucharadita de mayonesa...	= 240 —
Un trozo de dulce...	= 230 —
Una caña de cerveza...	= 225 —
Una cucharadita de mermelada...	= 120 —
Seis nueces...	= 108 —
Un panecillo...	= 153 —
Dos cucharaditas de azúcar...	= 70 —
Un bizcocho...	= 45 —
Una rebanada de pan con queso...	= 220 —
100 gramos carne de vaca...	= 308 —
100 gramos carne de ternera...	= 160 —
100 gramos carne de cerdo...	= 611 —
100 gramos de pollo...	= 204 —
Un litro de leche...	= 690 —
Un huevo...	= 80 —
100 gramos manteca...	= 750 —
100 — patatas...	= 90 —
100 — alubias, lentejas, guisantes...	= 325 —
100 gramos ensalada verde...	= 25 —
100 gramos manzanas, peras, naranjas, tomates...	= 55 —

No por esto tenemos que sentarnos a la mesa con la Tabla de las calorías en una mano y la balanza en la otra, no; podemos, según esta Tabla, regular nuestra alimentación según el caso personal de cada una.

Hay también otras dos cosas muy buenas para ambos casos. Me refiero a la gimnasia y al masaje. La gimnasia que se hace para adelgazar es más violenta e intensa, así como el masaje es más enérgico, y localizándolo, sobre todo, en las partes en que más grasa exista; en el caso contrario, la gimnasia será blanda y ligera, así como el masaje también será muy ligero, para que en vez de diluir la grasa, reanime y aumente la circulación. ¿Eres gruesa? Después de comer date un buen paseo. ¿Eres muy delgada? Duérmete un buen rato después de comer, echada sobre la espalda, para que el estómago funcione con menos esfuerzo y el máximo de asimilación. Aplicad, en suma, la teoría del máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo.

¿Eres perfecta? ¡Oh! entonces haz lo que mejor te acomode.

ALONSO

TAJO en el estudio de los artistas españoles

“La técnica debe ir unida al temperamento del artista”, dice el pintor Pedro Bueno

En el grupo de jóvenes pintores que son una realidad en el panorama español, Pedro Bueno—treinta y un años, de Villa del Río, Córdoba—destaca con auténtico valor. Su significación plástica tiene un sentido original, íntimo y profundo. La riqueza y lo hondo de su humanidad artística nos viene a través de formas simplificadas. Su pensamiento realizado en el cuadro es una encarnación sensible. Sus lienzos y sus dibujos son un caudal de fuerza representativa.

—Mis primeros combates en la profesión — comienza diciéndonos Pedro Bueno—los sostuve en Villa del Río con mi familia, que de ninguna manera quería que fuese pintor.

—¿Y qué razones alegaban para torcer tus impulsos?

—Que los artistas se mueren de hambre! Un tópico manido, que yo rechazaba por intuición.

—¿Cómo nació en ti el deseo de pintar?

—Al ver cuadros de mediocre factura en casa de mis amigos y en las revistas que llegaban al pueblo. De niño, recuerdo que desdeñaba la lectura de cuentos, que suele ser la ilusión infantil. A mí me interesaban las biografías de los pintores.

Y Pedro Bueno venció aquella oposición paterna del modo más elocuente y audaz: fugándose de su casa a los diez y siete años, para desembarcar en Madrid con diez duros que traía ahorrados.

—Pero me detuvo la Policía! —nos dice sonriendo al recordar la anécdota. Y regresó al pueblo, después de prometerle sus padres que le permitirían ser pintor.

—Después—continúa—la Diputación de Córdoba me concedió una pensión de 1.500 pesetas.

A los diez y siete años, Madrid abre sus puertas a Pedro Bueno desde la Escuela de San Fernando, donde fué discípulo de Benedito, de Chicharro, de Vázquez Díaz... Allí obtuvo premios, recompensas a los destellos iniciales de un arte que en sus manos tenía ya sueños de perennidad. Antes de la guerra española le concedieron una pensión para ampliar estudios en Italia, pero el Movimiento le impidió disfrutarla.

—¿Cuáles son tus preferencias pictóricas, brotadas del arte que conociste de los demás?

—La pintura que más me gusta es la española. Pero no soy partidario de la pintura regional. Creo en un arte limpio de localismos; igual en mi profesión que en literatura, que en música. El arte debe ser universal. Así pintaron Goya,



Dibujo al pastel de la señorita de Catarina.

Zurbarán, Velázquez. Que, siendo españoles, fueron universales. Y ese es el arte que perdura, no aquel en el que tienen preponderancia las proyecciones sentimentales. Esto no quiere decir que niegue en absoluto la existencia de buenos pintores regionales.

—¿Tus predilecciones creacionistas?

—Me gusta la pintura de composición y el retrato, que es lo que más hago.

—¿Cómo ves tú el retrato?

—Su virtud principal es que no tenga nada de artificio; que sea tranquilo, que respire serenidad. El retrato tiene que defenderse por el parecido psicológico. Los rasgos de la persona retratada pueden perder semejanza con el retrato cuando pase el tiempo; pero el alma continuará vigente. Pienso, con Rodin, que el retrato tiene que tener “del pasado, del presente y del futuro” para que interese.

—¿Aprecias dificultades en la realización del retrato sobre el paisaje?

—Si la hay estriba en que, en el retrato, se encuentra uno ante la

emoción que proporciona la figura humana.

—¿Qué tendencias pictóricas consideras que presiden hoy el arte?

—Se vuelve a la pintura más serena; una pintura que caracterizará a nuestra época. Este ansia, este afán de tranquilidad que sentimos, influye en el arte contemporáneo.

—¿Ha quedado algo de los “ismos”?

—Las cosas buenas que tenían. Sobre todo, sirvieron para depurar el arte.

—¿Tu opinión sobre las Exposiciones Nacionales?

—Que los valores no suelen salir de una Exposición Nacional. Al pintor se le puede ver en una sola obra; pero para juzgarle hay que verle solo. Por otra parte, los premios se adjudican con relación al jurado calificador. Y no suele presidir su distribución una justicia objetiva.

—¿Y los críticos?

—¿Cuáles? — pregunta Pedro Bueno.

—Los que “dicen” que hay!

—Los críticos no deben influir nada en el ánimo del artista; ni en favor, ni en contra. La obra debe estar por encima de la crítica. La crítica puede servir para orientar al público, no al pintor. La pintura debe preocuparnos sobre todo. ¡Nada hay en mi vida sobre la pintura!

Considera Pedro Bueno que uno de los defectos actuales es la pasión por la técnica. Y por ella se perdonan otros defectos.

—La técnica no hace al pintor —dice Perico—. Algunos tienen mucha técnica y sus cuadros están vacíos. Sólo con oficio las obras no tienen consistencia. La técnica debe ir unida al temperamento del artista. El buen pintor resuelve ante el lienzo los problemas que se le presentan. Los antiguos tenían adelantado esto porque pasaban su juventud en los talleres. Ejemplo, Rafael, que a los diez y ocho años tenía cuadros tan bien pintados como sus últimas obras.

—¿Crees que el pintor debe dedicarse a una especialidad dentro de la pintura?

—No; un buen pintor debe pintar todo: un retrato, un muro, etc. En arte, la especialidad es limitarse. Claro que hay algunos especialistas de paisaje, de retrato...

—¿A qué horas trabajas?

—A todas las del día. Por la noche, en cambio, no soporto hacer el más simple dibujo. El pintor creo que tiene necesidad de pintar, y su ideal debe ser hacerlo a todas horas.

—¿Proyectos?

—Pintar mucho para hacer una exposición, primero en Madrid, y, luego, en Barcelona.

ANGULO



La señora del dibujante Serny.

Crema CAFFARENA
Eficacísima contra pecas y manchas suaviza el cutis

Amaneceres de Imperio

Política europea de nuestro rey Fernando V
frente al francés Carlos VIII de Valois

Cuando leo en la Historia el capítulo de las guerras de Italia y política de nuestro Fernando V con Europa y contra el imprudente Carlos VIII de Francia, quedo admirado ante el genio político y la prudencia demostrados por nuestro monarca. No otro príncipe podía ser el que inspirase a Maquiavelo su obra. La política de cerco, tan empleada hoy, época de transición a las coaliciones continentales, fué manejada sabia y certeramente por Fernando al formar contra el conquistador de Nápoles e impolítico rey de Francia la Liga Santa. Sobre todo, prudencia, y un aliado poderoso, hoy y siempre, para la victoria guerrera, la diplomacia. Era entonces cuando se estaba descubriendo un mundo por hombres de Castilla, y a la vez se ganaban honores de nación de primer rango en el mundo viejo, por hombres de Aragón.

Maravillosa unidad de España, aunando para un fin de gloria la dualidad de impulso de las atlánticas costas de Castilla y las mediterráneas de Aragón. Castilla y Aragón en esta época no son geografía ni regiones o provincias con sus límites; Aragón

y Castilla son Historia y ambiente universal. Isabel es el hada madrina de nuestro español genovés, el primer almirante de la mar; Fernando, cauto y político, es el asombro de Europa con su Gran Capitán. Altos destinos. Plenitud del madurar centenario en constante lucha, con espejos de unidad. La mano de Dios, que conduce la vida de los pueblos, señalando al español en esta hora crucial en que se anuncia un renacer del Mundo. Por eso nuestros reyes lo encuentran todo: un iluminado, un sublime loco, un poeta, que vaya sobre el mar tenebroso, y un Gran Capitán, y, primero, unos embajadores que manejan con destreza española el arma de la diplomacia. Y si se quiere saber cuánto sea importante la elección del hombre que fuera de la patria ha de defenderla, en esa lucha incruenta pero tenaz, hábil, decisiva y elegante, léase el capítulo de la Historia que escribió la política europea de Fernando el Católico.

De Carlos VIII de Francia dicen que su padre sólo le había enseñado esta frase: *Qui nescit simulare, nescit regnare*. Si es verdad, demostró ignorar en absoluto su contenido, o

que se le había olvidado demasiado pronto. No sabía disimular, luego no podía, según la enseñanza del otro rey francés, reinar. Pero no es que fuera un carácter llano, leal, incapaz de dobleces aun tratándose de cosa tan seria como el dirigir un pueblo. Aún eran estos reyes que reinaban y gobernaban. Era un carácter impetuoso y capaz de ser arrastrado por una obsesión hasta los límites de la insensatez. Si, según no recuerdo quién, ha de juzgarse la forma del contenido por el continente, el espíritu y los sentimientos de este rey octavo de Francia no debían ser de los elegidos como modelo precisamente. Dicen sus historiadores que carecía de garbo en absoluto, y su cuerpo no tenía más que ligeras nociones de simetría y proporción en sus facciones. Era, en una palabra, un hombre feo. Además, un espíritu infantil o ambiguo, capaz de ilusionarse con sueños caballerescos y creer buenos todos los medios para llegar al fin. Aunque el fin se le despidiese luego y se quedara dormido sobre los laureles en los medios. En su corte, aduladores y políticas oscuras le inflamaron con la obsesión del reino de Nápoles, donde reinaba Fernando I, pariente de nuestro Fernando.

El de Francia decía de fantásticos proyectos de lucha contra el turco y ayuda a la cristiandad, y como cosa de poca importancia, pedía que no le estorbasen ocupar "como de paso", Nápoles y Sicilia... No sé si la amnesia de la enseñanza paterna era sólo temporal; lo cierto es que a veces los hechos parecen decir que Carlos o se engañaba a sí mismo o intentaba engañar a los demás. Pero frente a sí tenía a nuestro rey Católico, inteligente y cauto y, sobre todo, prudente y político, a quien no confundía todavía un Carlos francés. Mientras éste se desenredaba de todos los compromisos que Francia tenía entonces y daba lo que no podía perder para ganar lo que no podía conservar, persiguiendo el hallarse en Italia con las manos libres, en el Tratado de Barcelona, por el que Fernando volvía a España las provincias francesas—avanzadas pirenaicas de Aragón—del Rosellón y la Cerdeña, había una cláusula que con el tiempo había de dar sus resultados. Y mientras, Carlos VIII avanza por Italia y hace sus conquistas en el mismo tiempo que tardaría un viajero en recorrer aquellas tierras, y no sabe aprovechar la popularidad del partido francés porque se hace odioso, durmiéndose sobre los laureles. Mientras entra en Roma y el Papa se refugia en Sant Angelo—aquel famoso Papa—y se ve obligado a tratar con el francés: nuestro Fernando busca alianzas, firma tratados, concierne matrimonios, aprovecha en su favor el descontento que la conducta licenciosa e imprudente de Carlos VIII producía, y sorprende a éste con la Liga Santa, que había de expulsarle de Italia. La cláusula del Tratado relativa a los derechos pontificios, da pretexto a Fernando para hacer la prudente y hasta artificiosa política, y Carlos comete un nuevo error militar al dividir sus fuerzas, dejando la mitad en Nápoles y marchando a Francia con la otra mitad; así no le quedaba ni para sostener la conquista ni para pasar al reino a defenderle de la invasión que por el Rosellón amenazaba. Lealtad de Fernando para con sus aliados. Ni cumplían lo pactado ni pagaban la parte de los gastos de guerra, y sin embargo, se resistía a firmar la paz por separado. Espíritu hijo de su época, sin que su padre se le hubiese enseñado, sabía instintivamente la frase lema del rey francés, y siempre para mayor grandeza de España, se concertó el reparto del reino de Nápoles, ganando en compensación la Calabria para Aragón.

Carlos VIII muere en abril de 1498 y le sucede Luis XII con otros designios en su reinado. Fernando había dejado bien preparado el terreno de Italia para sus posteriores proyectos. Luego habían de venir las campañas de Gonzalo Fernández de Seminara, Gargillano, Gaeta... La hegemonía de España en Europa comenzaba a ser. Hasta aquí la Historia, mirada como a vista de pájaro, de una manera general y forzosamente mutilada. Ahora nos dice la anécdota, la peque-

ña historia, la curiosidad, que aquel ejército francés que hiciera su entrada en los divididos y contrarios reinos de Italia, iba en su totalidad desorejado. Eran 8.000 infantes franceses con el pelo caído hasta los hombros para ocultar su vergüenza. No sabemos si los trenes de artillería, los mejores de Europa entonces, habrían sufrido el mismo castigo que el cruel Carlos VIII había impuesto en Francia a sus soldados infantes.

Y esto fué allí, en la nación vecina, donde se alzaron las voces pífidas y plañideras de nuestra leyenda negra. Pero alegrémonos de ella, porque el odio también es una forma de adoración. No todos los pueblos merecieron el honor de un odio como el anglofrancoyanqui contra España. Porque no todos estuvieron llamados a una misión celeste sobre la Tierra, y si estuvieron, ninguno sino el español supo cumplirla.

ALFREDO F. G. (Zetta)

Máquinas de guerra y sus conductores

El Gobierno comunista de Rusia, con su Plan Quinquenal, había llegado a poseer tanques y aviación en cantidad tan considerable, que contaba como segura, en cuanto los lanzase a la guerra, apoderarse de toda la Europa occidental, desde Finlandia hasta Rumania, pasando por Alemania, y... ya hemos visto lo ocurrido. La mayor parte de estos aparatos han entrado en Alemania, pero convertidos en chatarra.

Inglaterra acumuló en Libia toda la producción de guerra norteamericana, con el propósito, que expuso por adelantado el "premier", de arrollar a las fuerzas italoalemanas, cuyos tanques y demás material pesado estaba sujeto a limitaciones por dificultades de transporte en un mar donde la Escuadra inglesa intervenía de un modo intenso, a costa de graves pérdidas; y aun cuando no sabemos cómo acabará lo de Libia, por de pronto los mismos ingleses confiesan que aquello no va tan bien como esperaban.

¿Cuál puede ser la verdadera causa de todo esto? Podríamos extendernos en consideraciones de carácter general, empezando por lo que ya dijo Moltke después de la guerra franco-prusiana del 70; que la victoria fué debida al maestro de escuela alemán, maestro de escuela que no enseñaba la ciencia militar, sino que formaba el corazón de los futuros soldados. Pero no vamos a seguir por este camino; nos limitaremos a referir algunos episodios sintomáticos vistos personalmente por nosotros.

El primero de estos episodios es ya antiguo, porque ocurrió antes de la que se llamó Gran Guerra. En una población española funcionaba un colegio alemán, y al visitarle nosotros casualmente vimos una sección de niñas de seis a ocho años que salían de clase en formación, llevando el paso a compás de las palmadas de la profesora a la vez que iban cantando. La primera estrofa entendimos que decía:

Yo quiero ser soldado
Por mi Patria pelear

Debimos poner un gesto de extrañeza y la profesora creyó oportuno darnos una explicación diciendo que la educación patriótica no sólo se da en Alemania a los dos sexos, sino que se intensifica con preferencia en las niñas, porque los muchachos, además de completarla después en el cuartel, cuando son movilizados para la guerra marchan sugestionados por el cambio de vida, la preparación del equipo y el encuentro con los amigos del regimiento, emprendiendo el viaje hacia una campaña que suponen breve y victoriosa. Por el contrario, las mujeres, madres, esposas, hermanas e hijas, quedan en la casa teniendo que ocuparse de los negocios abandonados por los hombres y resolver gran número de problemas familiares y económicos de los que hasta entonces se habían visto libres. Si su moral de guerra no es muy sólida, contribuyen fácilmente a formar un foco de derrotismo, como así sucedió, no al principio, sino cuando el hambre producida por el bloqueo agotó la resistencia de la retaguardia, obligando a la rendición, mientras las tropas permanecían victoriosas todavía en suelo enemigo.

Esta moral de guerra no cabe duda que se ha templado como el acero en la Alemania Nacionalsocialista

después de haber padecido tantos años de opresión aleccionadora.

Los demás episodios que recordamos son más recientes, porque ocurrieron en nuestra guerra de Liberación de España. Uno de ellos es el conocido de los cazadores de tanques por el sistema de la botella de gasolina. Un jefe alemán se interesaba por el procedimiento que empleaban nuestros soldados, y al explicárselo insistía diciendo: "Bien, ¿pero de qué manera se llega al sitio de lanzamiento de la botella?" Se le tuvo que dar una pequeña conferencia de tauronomía, porque si el tanque avanza ciego como un toro bravo, el cazador maniobra ágilmente para engancharle como los banderilleros en la plaza. De la excelente manera cómo la infantería alemana se ha especializado en esta clase de caza lo hemos visto en un documental de la campaña de Rusia y los resultados son conocidos de todos.

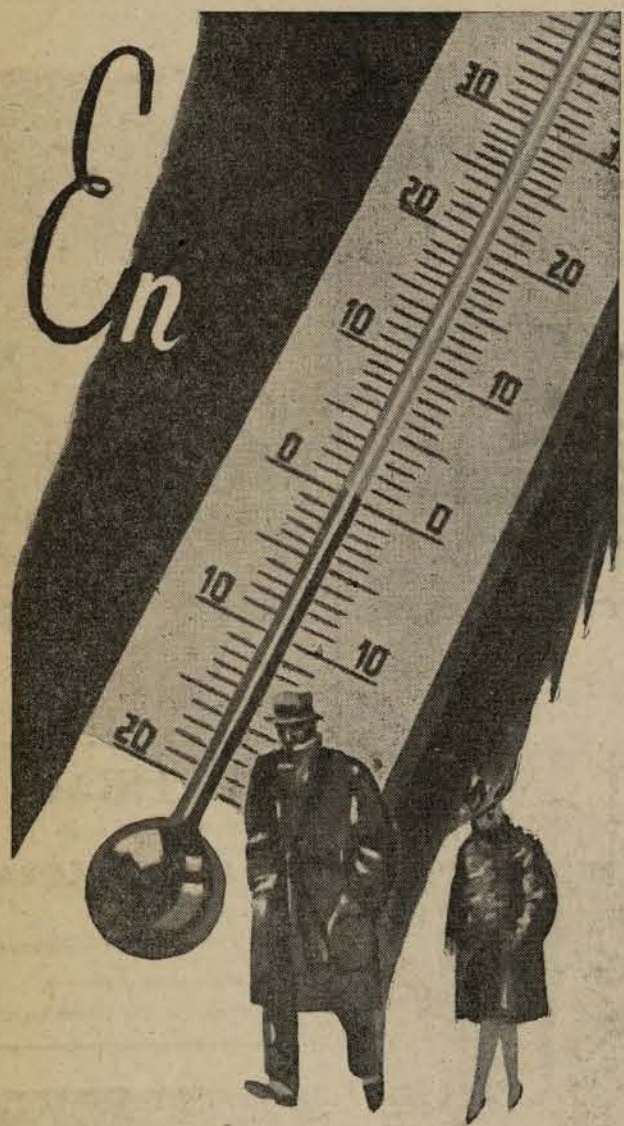
Otro episodio se refiere a la aviación, que al empezar nuestra guerra se encontraba casi toda en poder de los rojos y en el puerto de Somosierra, en el Alto de los Leones y demás lugares del frente Nacional, nuestras tropas no tenían un momento de respiro por la presencia casi constante de los aviones rojos, que podían atacar impunemente en vuelo bajo porque no teníamos un solo cañón contra aeronaves. Entonces surgió un "espontáneo" que se lanzó al ruedo con la chaquetilla. Era un capitán del parque de Artillería de Burgos; proyectó y construyó rápidamente, utilizando las clases de hierro que pudo encontrar, un simple castillete para que el cañón de campaña se pudiese colocar de pie, aumentando la presión del freno, modificando las espoletas para conseguir explosiones altas sin peligro para los nuestros y, si bien no era posible proporcionarse nada que sustituyera a los complicados y perfectos aparatos de dirección del tiro antiaéreo, no importaba; bastaban un par de intervenciones del fuego de estos cañones para que la aviación rusa no volviese a molestar. La baja moral de sus aviadores no les dejaba apreciar si las explosiones iban o no bien dirigidas.

A los cañones montados de este modo improvisado se les llamó *Flit*, recordando el insecticida que vendían unos hermanos de cuyo nombre no queremos acordarnos, porque a la vez vendían sus periódicos cargados de literatura venenosa para los lectores que tenían inteligencia de mosquito.

Luego, los alemanes trajeron sus cañones *Flack* a la vez que los aparatos de aviación de la División Cóndor, magníficos y perfectamente manejados por ellos, sin que en ningún caso los antiaéreos rojos les impidieran desempeñar el cometido que se les encomendaba, porque a su técnica perfecta unían un corazón que les llevaba a trabajar serenamente entre el fuego enemigo. A consecuencia de ello todo lo demás les era fácil de alcanzar.

Algo parecido les está ocurriendo ahora, y si en la guerra de España los alemanes tuvieron ocasión de ensayar los aparatos recién inventados por ellos, ahora nuestra División Azul perfecciona en los campos de Rusia los nuevos métodos de combate que aplicarán nuestras tropas cuando llegue el momento de intervenir para que los legítimos derechos de la España Imperial nos sean reconocidos.

MIGUEL RIVAS DE PINA



aquella sensación de malestar, vaga al principio, en aquel dolor de cabeza y en ese ligero escalofrío tan conocidos podemos ver precursores de la gripe. Para combatirla



consulte con su médico

Aprobado por la Censura Sanitaria N.º 1387